



**CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS**



Pastoral Oblata y Sinodalidad

Venerable Padre Julio María Matovelle

COLECCIÓN
DE BOLSILLO

14

**CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS**



Pastoral Oblata y Sinodalidad

Venerable Padre Julio María Matovelle

Pastoral Oblata y Sinodalidad

Venerable Padre Julio María Matovelle

Primera edición 2022

Quito-Ecuador

ISBN: 978-9942-8735-7-6

© Derechos Reservados

Congregación de Misioneros Oblatos de los Corazones Santísimos

Esta obra se publicó con motivo de los 138 años de presencia oblata en el mundo y de los 93 años de la muerte del Venerable Padre Julio María Matovelle, siendo Superior General el Rvmo. P. Ernesto León Díaz. O.CC.SS.

Ilustraciones:

David Rosero Enríquez

Impresión:

Gráficas Iberia - Quito

Telf.: 25 21 529

ediberia@gmail.com

INTRODUCCIÓN

En el contexto actual del caminar de la Iglesia en sinodalidad, conceptos como camino, singularidad, diálogo, sociedad, participación, comunión y misión compartida tejen una realidad categorial no contemporánea parecida a una moda, sino una comprensión que estuvo presente desde el comienzo mismo de la Iglesia o mejor, se trata de la fuerza dinamizadora de la familia trinitaria que abre horizontes nuevos para la construcción conjunta del reino en medio de la humanidad.

Leída la realidad eclesial antes expuesta, el Venerable Padre Julio María Matovelle situado a mediados del siglo XIX da cuenta de su proximidad al concepto sinodalidad no desde elucubraciones teóricas, sino desde hechos objetivos que se plasman a lo largo de la presente obra.

En el primer capítulo, se expone el hacer pastoral del Padre Matovelle que, esencialmente fue transformador y en sinodalidad, basta ver la capacidad dialogal esta-

blecida con sus compañeros de camino y con las instituciones del momento en pro del desarrollo y avance de los hombres y los pueblos; en este mismo sentido, se evidencia la co -construcción de un nuevo sentido de la vida con y desde Jesucristo. Con Matovelle, la visión de la Iglesia rompió las fronteras del clericalismo posicionándola en la lógica de la ciudadanía activa que transforma las realidades de dolor en prácticas contundentes de sanación y posibilidades con sentido.

Ahora bien, en el segundo capítulo, el autor a partir de una lectura crítica de las prácticas pastorales del Venerable Padre Matovelle como párroco, establece las notas características del hacer oblato que desde todo punto de vista resultan ser los componentes de la sinodalidad: Un caminar con, el reconocimiento del otro como derrota de la cultura del descarte, la capacidad dialogal a la manera de Cristo, quien escuchando logró vislumbrar horizontes nuevos para sus interlocutores, una pastoral transformadora, una espiritualidad no como sinónimo de eventos culturales, sino como una forma de ser y hacer anclada en las entrañas mismas del Evangelio, la comprensión de una Iglesia como Comunidad más que como institución y la participación del laico no como actor pasivo en la vida de la Iglesia sino como protagonista al interior de la misma.

En la última parte de la obra, a través del diálogo relacional entre pastoral oblata, sinodalidad y Eucaristía, se podrá evidenciar que, una Iglesia sinodal ha de ser eucarística o simplemente no será, en tal sentido resulta procedente afirmar que, la Eucaristía es banquete de sinodalidad y al mismo tiempo, que la sinodalidad es banquete eucarístico. Este contenido tiene asidero en la comensalidad de Cristo Jesús sentado a la mesa de la vida con la humanidad, mesa en la cual ocurre un hermanamiento cósmico que es capaz de convocar todas las voces en torno a un solo canto de acción de gracias en donde la polifonía de voces dan a luz para la historia una sola melodía, la de la vida compartida, la del caminar juntos, la de la generación de nuevos ideales que griten al mundo que el porvenir de Dios es el porvenir del hombre.

El tejido de esta obra pretende ser una nueva aproximación al pensamiento del Fundador de Oblatos y Oblatas con el objeto de actualizar el carisma en el hoy y en el mañana de la historia humana.

Rvmo. P. Ernesto León D, o.cc.ss.
Superior General de Oblatos.

CAPÍTULO I

MATOVELLE, UN HOMBRE EN SINODALIDAD A FINALES DEL SIGLO XIX

LA PARROQUIA DE AZOGUES - DIFICULTADES - ORGANIZACIÓN - RESULTADOS ALAGÜENOS

Un año, cuando menos, pensaba permanecer Matovelle en Cuenca para formar en el Noviciado compañeros del mismo espíritu contemplativo, apóstoles en la conquista para Dios del alma del prójimo. Vivía convencido que las obras sin fe y sin amor nada valen para la vida eterna.

Así como Cristo oró cuarenta días en el desierto antes de ejercer su divino apostolado en los azares de la vida pública, así quería Matovelle pasar un año en el convento, dedicado a orar y enseñar a orar, antes de ejercer el apostolado de las almas en la dura vida de párroco. Pero el hombre propone y Dios dispone. Azogues estaba sin cura, y no era posible que el prela-

do lo dejase en abandono por acceder a los deseos de Matovelle de quedarse un año más en Cuenca. Pensar en un reemplazo era tiempo perdido, porque no podía servirse una parroquia tan extensa con menos de tres sacerdotes y estos eran tan pocos que al dedicarle tres a estos servicios había que abandonar otros de tanta o mayor importancia que el curato de Azogues. No era prudente vestir un santo para desvestir otro.

En tan críticas circunstancias el Vicario Capitular, Dr. José Antonio Piedra, no obstante, su entusiasmo por la obra de Matovelle, creyó de su obligación decir a este: “O va usted inmediatamente a Azogues o doy por terminada la fundación de oblatos a fin de poder disponer de sus sacerdotes para el servicio parroquial”. La disyuntiva no podía ser más grave, Matovelle tuvo que acceder a los deseos del prelado, pero pidió que se le asignara una parroquia no tan extensa y poblada como la de Azogues, que le dejase tiempo libre para cuidar con esmero su propia santificación y la de los otros miembros del insipiente instituto. Pero hasta esto le fue negado, porque no había sacerdotes para atender el curato de Azogues. Sin otro camino que tomar se resolvió a partir. Después de todo era lo mejor que le podía acontecer, porque iniciaba acatando la voluntad

de Dios, transmitida por boca de su representante en la Diócesis, el Prelado.

Mas no solo en sus superiores halló obstáculos a sus planes, sino también de parte de la gente. Se le tachó de estúpido, de loco, y un sacerdote de Cuenca dijo en la prensa de Guayaquil que, la nueva fundación no era una variante del instituto filipense sino la obra de filo panzas, esto es, de hombres que se juntaban para comer, beber y darse la buena vida a costa de los emolumentos parroquiales de los pueblos más ricos de la diócesis.

En Cuenca la oposición arreció tanto que se llegó a decir que entre los opositores estaba el obispo electo, pero no consagrado: Dr. Miguel León. Este creyó del caso defenderse, y el 10 de agosto de 1884 dirige una carta a Matovelle dándole mil bendiciones para su obra y diciéndole que no es enemigo de ella, que antes bien ha procurado desvanecer comentarios desfavorables hechos en su presencia.

Matovelle se alegró. Tenía la aprobación de actual Prelado, el Vicario capitular y la aprobación de su Prelado futuro, el Obispo electo. En este contexto no había perdido de vista que, “la Cruz es el sello de las obras

de Dios”. Los comienzos eran buenos. Con absoluto sometimiento a las normas disciplinarias de la Iglesia, comenzó a ofrecerse como víctima en aras del Sacratísimo Corazón de Jesús, y este era justamente uno de los fines primordiales de su instituto.

Y ahora al trabajo. Al seminarista Adolfo Bravo tuvo que mandarlo a su casa, porque en la parroquia no había cómo atender la educación de los novicios. Quedan solo tres sacerdotes: Matovelle, Corral, y Arriaga, los tres salen de Cuenca camino de Azogues a caballo el sábado 11 de octubre de (1884) víspera de la fiesta de Nuestra Señora del Pilar a las cuatro de la mañana. Arriban después de andar 31 kilómetros. Bajan de la cabalgadura, besan humildemente el suelo e imploran para su obra apostólica la bendición de Dios por la mediación de María y los santos patronos del pueblo.

Azogues no los recibe muy cordialmente. La falta de cultivo espiritual ha dañado un poco el criterio. No queremos monjes que recen, dicen, sino sacerdotes seculares que trabajen. Ignoran que la oración mueve al alma, y el alma moverá el brazo que fructificará en trabajo, no saben que la oración es rocío que hacer crecer la planta de la fe, y con la fe se mueven los montes,

se allanan todas las dificultades. Los monjes fueron siempre insignes trabajadores, y sin ellos, el golpe de la invasión de los bárbaros, habría acabado la cultura clásica en el mundo.

El odio a estos sacerdotes, en el espíritu monjes y en la obra como párrocos, no era el raciocinio de una inteligencia sana sino, tirana del pueblo; el materialismo comenzaba a ejercer obra destructora, las mujeres languidecían con una piedad enfermiza, moribunda; los hombres en su generalidad no frecuentaban los sacramentos, muchos no celebraban la Eucaristía ni siquiera los domingos y días de fiesta, y otros ni el sombrero de dignaban sacar al paso del Santísimo por las calles. La propaganda masónica con sede en Guayaquil hacia circular libros no constructivos en las clases altas de la sociedad, y se había formado una asociación de jóvenes con el fin ilícito de raptar por la violencia a las mujeres pobres de menor edad para mancillar hogares dignos. El juego, la embriaguez, el concubinato, la disolución y la impiedad hacían dolorosos estragos. En las clases bajas el indio estaba hasta con cierta imposibilidad de progresar por solo conocer el quichua e ignorar el castellano fuente de cultura. Por el templo en abandono, ni siquiera pintado, se transita en las ferias de los sábados

con tal desenvoltura como en la plaza pública sin reparo y reverencia con quien habita en el templo.

Tal era el contexto donde los nuevos adalides venían a trabajar. La tierra era fértil, pero había que cultivarla. Al erial lleno de espinas y de abrojos había que sustituir por el jardín lleno de flores; la misma savia que daba vida a los vicios daría vida a las virtudes. Los nuevos apóstoles no vienen a cambiar la naturaleza humana, sino a dirigirla por la senda del bien, a dignificarla.

La confianza en Dios era grande. Matovelle, como cura de almas, organiza una verdadera vida de comunidad en la casa parroquial, con cuadros devotos en las paredes, meditación por la mañana, examen de conciencia al medio día y por la tarde; modestia en la vista, compostura en las palabras, santa moderación en todo. Hay horas fijas para los sacramentos y las diversas necesidades de los feligreses. bautismos, confirmaciones, confesiones, misas, arreglos de cuentas, visitas, todo tiene tiempo fijo. Ninguno que se someta a este horario puede regresar desengañado de la casa Parroquial. Solo la caridad, un enfermo grave, una desgracia cualquiera, una confesión urgente carecen de hora y tienen en todo momento a su servicio al sacerdote. El pueblo



El Vicario Capitular José Antonio Piedra, no obstante, su entusiasmo por la obra de Matovelle, le dijo: “O va usted inmediatamente a Azogues o doy por terminada la fundación de Oblatos a fin de poder disponer de sus sacerdotes para el servicio parroquial”.



aprende así a ser ordenado, y el párroco y los que le ayudan pueden aprovechar mejor el tiempo y hacer labor efectiva en las almas, sin inútiles cansancios que con frecuencia no vienen de lo pesado del trabajo sino de lo excesivo del desorden.

El templo se lo dignifica, se lo pinta, se rehace casi por completo el retablo principal en donde se coloca un Corazón agonizante de Jesús a la derecha, y a la izquierda un Corazón de María al pie de la Cruz. Todo se mantiene con aseo y limpieza decorosa, que diga al visitante que tiene delante de sí un pueblo católico que lleva la fe no solo en los labios, sino en las obras porque estas dan testimonio de nuestra fe, sin obras no hay fe. El templo en manos de Matovelle no viene a ser un edificio artístico de épocas pretéritas, abandonado a los murciélagos y a las arañas, sino la Casa del Señor, de nuestro Rey y Dueño, en donde las manos amorosas del hombre mantienen el aroma de la piedad.

El precepto evangélico de la predicación es rigurosamente cumplido, el primer año solo por Matovelle y sus dos compañeros y desde el segundo año con la ayuda de Jesuitas, Redentoristas y Dominicos, invitados expresamente a misiones inteligentemente dirigidas para la buena cosecha de almas.

Se procura mantener el espíritu y las obras piadosas de los párrocos precedentes, sin desorganizarlas por un mal entendido entusiasmo, pero se les da nueva vida y se forman nuevas asociaciones que, alistan para Cristo todas las clases sociales; los caballeros tienen las conferencias de San Vicente de Paul, los artesanos la Congregación de San José, las madres de familia la Cofradía del Rosario, las señoritas la Asociación de las Hijas de María. Los indios la Cofradía de Burgos. Los domingos se dedican especialmente al catecismo, dándolo de preferencia por la mañana a los indígenas, en la misa de doce a todo el pueblo, y por la tarde a los niños y niñas. A los hombres que temen ser virtuosos, se les atiende en una quinta alejada de la población, de unas señoras Carrasco. Se les cultivaba la inteligencia para que vean las verdades de la fe y se mueva la voluntad para amarlas. Al principio los sábados y luego los martes hay conferencias de moral para el clero, con asistencia de los párrocos vecinos, que suelen venir a Azogues a resolver sus dudas y llenar el alma de nuevos bríos en la práctica de la virtud y de mayores sacrificios en la obra de su apostolado. Muchos con los coadjutores establecen en sus parroquias algo semejante a la casa de Azogues. Matovelle se ha convertido en modelo de curas.

Los Jesuitas Miguel Franco y Domingo García, que con tanta delicadeza habían conducido a Matovelle por la época de su juventud, vienen ahora a pasar largas temporadas en la casa de Azogues, el primero hasta por el espacio de un año. La planta que cultivaron con tanto esmero entre los muros de un colegio es ya árbol frondoso que los cobija bajo su sombra. Vienen también los Dominicos Zoina y Sossana y casi nunca faltan uno o dos sacerdotes seculares. Esta casita que el pueblo llama de párrocos monjes, con el dulce aroma de las virtudes atrae a sí a las almas buenas cansadas del mundo con hambre de eternidad. Los que creen desfallecer en la lucha vienen a Azogues a respirar nuevos aires y a adquirir nuevas fuerzas para seguir sin desaliento la ruta de las alturas.

Cuando Dios quiere bendecir a un pueblo le manda buenos sacerdotes. El cambio que se produce en Azogues es enorme, hombres y mujeres frecuentan los sacramentos; hay año en el que solo tres hombres principales dan el escándalo de no acercarse a la Sagrada Mesa en la comunión pascual. Se reformaban las costumbres, disminuyen los concubinatos, y la embriaguez de las clases populares llega a ser tan escasa que no se encuentra quien quiera rematar el impuesto a la ven-

ta del aguardiente, porque este negocio produce pérdidas, no deja utilidad alguna. Las diversiones escandalosas nocturnas se sustituyen por el rosario de la aurora. Desaparecen las bacanales de carnaval, en otro tiempo causa de tanto escándalo, y el pueblo acude en masa a venerar al Santísimo con motivo del jubileo de las 40 horas. El martes de carnaval una procesión solemnísimamente atraviesa las calles, y Jesús recibe tributo público de adoración. Donde antes por esta fecha abundaban los ebrios no se ve ahora ninguno. Vuelve el gusto por las cosas santas, el respeto a los sacerdotes, por la veneración de los divinos ministerios. Donde antes reinaba el mal reina ahora Cristo. Y el autor de esta maravillosa transformación es Dios, por su siervo Matovelle.

ACCIÓN PARROQUIAL Y VIDA DE COMUNIDAD – CONSAGRACIÓN DE AZOGUES AL CORAZÓN DE JESÚS – CONTRADICCIONES Y BENEPLÁCITO DIVINO – DISCURSO DEL PADRE MATOVELLE.

El Doctor Matovelle actuaba con tanto lucimiento en las más altas asambleas legislativas como en las humildes labores del convento y la vida parroquial. En 1886 lo vemos en Quito consiguiendo para el pueblo de Azogues la formación de la niñez y juventud a cargo de los

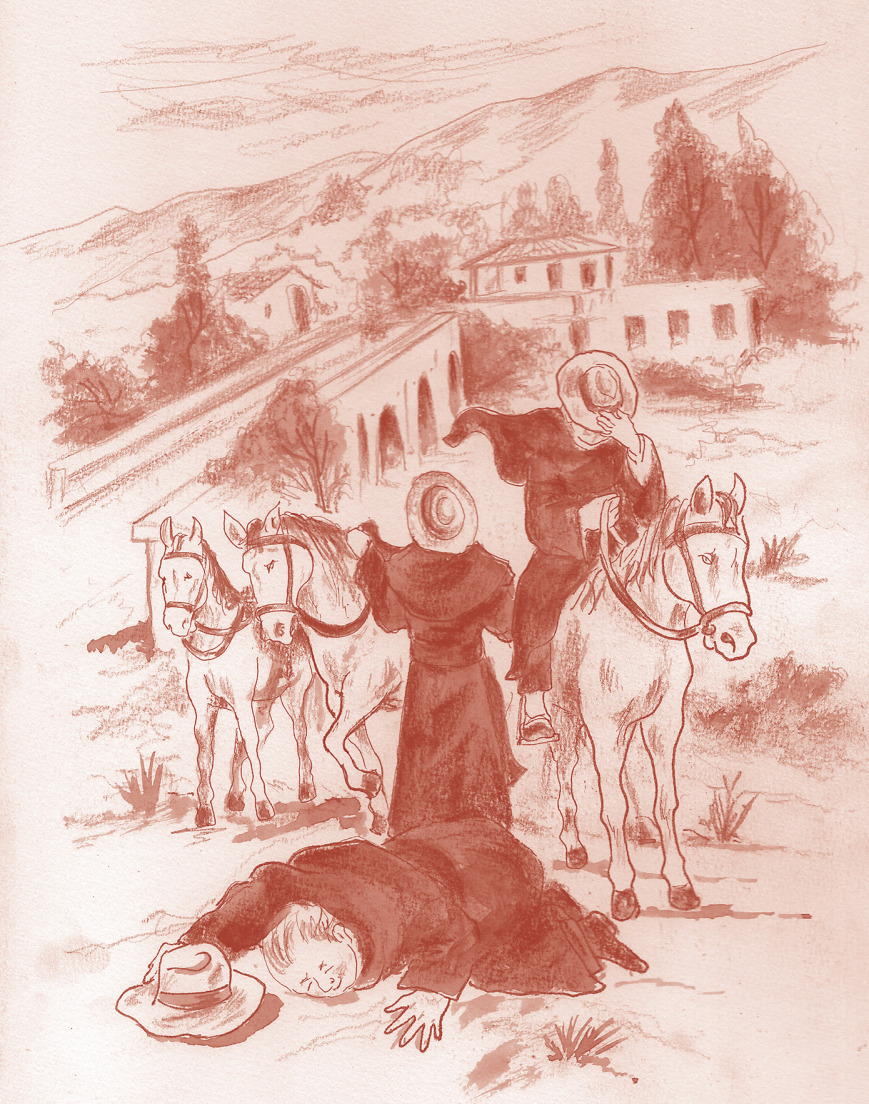
Hermanos Cristianos y solicitando a las Hermanas de la Providencia se encargasen de la escuela de niñas. Veía oscuro el porvenir, y lo necesario que era apoderarse de la niñez y la juventud para hacer labor profundamente cristiana. La escuela de la Providencia funciona ense-
guida con rentas municipales y con la ayuda del Ejecutivo que le cede el producto de los fondos provinciales. Reúne pronto en sus aulas 400 niñas y paulatinamente se fundan escuelas dominicales a las que concurren otras 400 niñas de clase más humilde que las anteriores. Por lo que toca a los Hermanos Cristianos, no le fue posible al P. Matovelle conseguir la escuela para 1886; sin embargo, si lo hizo para el 11 de octubre de 1890.

En este contexto de progreso integral, el ilustre Obispo León, celoso de la salvación de las almas, quiere entregar a los Oblatos otras parroquias fuera de la de Azogues.

En 1885 con la anuencia del P. Matovelle los envía a Chuquipata y San Miguel, y el P. Matovelle no puso dificultad en cumplir sus deseos porque se trataba de un reemplazo ocasional a los párrocos. Poco después el mismo señor Obispo se ve en la dolorosa necesidad de suspender al párroco de una parroquia y quiere que los

Oblatos vayan a reemplazarle. Esto tiene ya carácter permanente y no es fácil ejecutarlo sin desorganizar la naciente Congregación. El P. Matovelle va a Cuenca, se entiende en persona con el prelado y le expone sus temores de que por tal camino se disperse su Comunidad, porque aísla al religioso en la práctica de la disciplina interna y lo expone a los peligros de la vida, solo, sin familia, sin compañero que le ayude y le conforte. Así fracasaron, añade, las comunidades religiosas de América por la época de la Colonia.

Continúa el Fundador: Leemos en San Lucas 10, 1 que, Nuestro Señor Jesucristo elige setenta y dos discípulos y los envía de dos en dos a predicar su divina doctrina. ¡Ay del que va solo! Nuestro Divino Redentor conocía bien el corazón humano, la necesidad que tiene de quien le ayuda en la práctica de la virtud. El párroco no está solo. Como no abandona el mundo, no se desprende de la familia, está en cierto modo protegido por ella: padre, madre y hermanos. Como no hace voto de pobreza adquiere cierta pericia en manejar sus bienes y los del pueblo. Como no se liga por voto de obediencia toma cierta destreza en dirigir por sí mismo los negocios. Como ejercita su propio ministerio, sigue la vocación de Dios, recibe gracia es-



*M*atovelle, Corral, y Arriaga, salen de Cuenca camino de Azogues a caballo el sábado 11 de octubre de 1884 víspera de la fiesta de Nuestra Señora del Pilar. Bajan de la cabalgadura, besan humildemente el suelo e imploran para su obra apostólica la bendición de Dios por la mediación de María y los santos patronos del pueblo.



pecial del cielo que lo protege y lo ampara. El religioso no está en estas mismas condiciones: Dios le llama a vivir en el convento, si la caridad lo lleva a la vida de párroco, debe tomar ciertas precauciones que lo protejan. No está como el párroco propio, aun dentro del voto de castidad al amparo de una familia; el voto de pobreza le quita habilidad en el manejo de los bienes del pueblo, y la obediencia le liga a un Superior que le hace admirable para la vida de convento, pero poco apto para la agitada vida parroquial.

Matovelle dice, finalmente, al Obispo: O somos religiosos o somos curas. En Azogues hemos tomado las precauciones para mantener la vida de comunidad aun en medio de la agitada vida de párroco, pero esto no será ya posible si extendemos el servicio a otras parroquias, el resultado final será que no seremos ni buenos curas ni buenos religiosos.

A Monseñor León le hicieron peso las razones del P. Matovelle y desistió del propósito. El mismo P. Matovelle afirma que en la vida de este Prelado no se volvió a ocupar a sus Oblatos en el ministerio parroquial fuera de las normas contempladas en sus estatutos.

En Azogues entre tanto la piedad va haciendo prodigios. El pueblo se alza como modelo de otros pueblos y es el primero en consagrarse al Santísimo Corazón de Jesús y al Corazón Inmaculado de María por decisión de su Cabildo el 27 de enero de 1887. El mismo Cabildo establece además el celebrar todos los años solemnemente estas dos fiestas con la concurrencia a ellas de todo el personal, y levantar una capilla publica que recuerde perpetuamente la consagración.

Caamaño como jefe de la autoridad civil, expresa su regocijo por el decreto del Consejo cantonal de Azogues, lo aprueba también el señor Obispo de la Diócesis.

Pero no bastaba el decreto; era necesario llevar a cabo la ceremonia. Para esto se resuelve purificar primero las almas en los sacramentos de la penitencia y la comunión y se organizan con este fin cuatro semanas de ejercicios, la primera destinada a las niñas y señoritas de toda edad, la segunda a los niños, la tercera a las madres de familia y la cuarta a los hombres.

La parroquia contaba entonces con 12 mil habitantes, y los resultados sobrepasaron las esperanzas. Para que no solo la parroquia de Azogues sino todo el Cantón quedara consagrado, vienen los curas de Biblián, De-

leg y Chuquipata a consagrarse en representación de sus respectivos feligreses, y se consagra también el personal del Consejo con todos sus empleados. Una Junta Popular en Cabildo abierto acepta lo hecho por sus legítimos personeros, en lo eclesiástico y en lo civil, y la última ceremonia se verifica antes de carnaval, y se reparten más de mil quinientas comuniones.

Para cerrar la fiesta con broche de oro la Santa Sede, el 31 de agosto del mismo año eleva, en lo sucesivo, al rito doble de primera clase, con octava, las fiestas oficiales de Azogues al Sacratísimo Corazón de Jesús y al Purísimo Corazón de María. El recuerdo de la consagración se perpetúa más tarde en el Santuario de Biblián en honor de nuestra Señora del Rocío. Pero nada hubiera valido esta pompa externa sin el culto interno. **Regnum Dei intra vos est:** El reino de Dios está dentro, en la propia alma. El padre Matovelle no olvida esta máxima para mantener en la Congregación el verdadero espíritu que debe animarla. Ni solo culto interno, porque no somos solo espíritu, ni solo culto externo porque no somos solo materia; lo interno y lo externo con la debida subordinación y coordinación con que en el orden de la Divina Providencia actúan en nosotros cuerpo y alma. Su ideal es que sus Oblatos en Azogues sean apóstoles

como San Pablo y cenobitas como los padres del desierto. Se levantan a las cuatro y media de la mañana, tienen tres cuartos de hora de oración y meditación, y desde las cinco y media se ocupan en la celebración de la misa y en oficios del ministerio sacerdotal; después del desayuno, el rezo de horas menores y atienden al confesionario. De diez a doce, lectura de la Santa Biblia y obras dogmáticas o ascéticas y preparación de las pláticas. De doce del mediodía a dos de la tarde examen de conciencia, refectorio y recreo. De dos a tres, rosario en la celda, rezo de vísperas y completas, y Adoración del Santísimo. De tres a tres y media rezo de maitines y laudes. De tres y media a cinco, estudio de teología, moral y rúbricas. De cinco a siete, confesiones y atenciones de la Iglesia; luego cena, recreo, examen de conciencia, oraciones, silencio, y a las nueve y cuarto de la noche, descanso.

Este reglamento venía rigiendo desde el 31 de mayo de 1885, y solo se alteraba por gravísimos motivos. La vida hay que reglamentarla, es difícil unir una ocupación muy continua con el fervor de la vida interior tan necesaria para no errar y tropezar. Jesús en los trabajos de su vida apostólica, para enseñarnos, iba a buscar fuerzas en la oración, y descanso en casa de su amigo Lázaro

en divinas pláticas con Marta y María. Debemos averiguar cuál es nuestro camino y qué es lo que Dios quiere de nosotros para ir tranquilos donde se nos llame. Jesús como hombre hubiera querido predicar su doctrina en todo el mundo, pero era voluntad de su Eterno Padre que no saliese de Palestina y obedeció. Fue obediente hasta la muerte y muerte de Cruz.

Con este espíritu vivía Matovelle. Lo que no quiere decir que iba a dormirse esperando milagros. Como la vida de su Congregación era solo provisional procura trabajar para darle forma definitiva. Y para esto ningún medio mejor que la oración. A la oración de sus Oblatos encomienda Matovelle este asunto y pide que se ore con este fin en Paray Le Monial y en otros lugares de Francia, España, Chile. Varias comunidades religiosas ecuatorianas y una asociación de señoras establecida en Azogues se interesaron en apoyar a los Oblatos y en obtener de Dios las bendiciones para Matovelle y su obra.

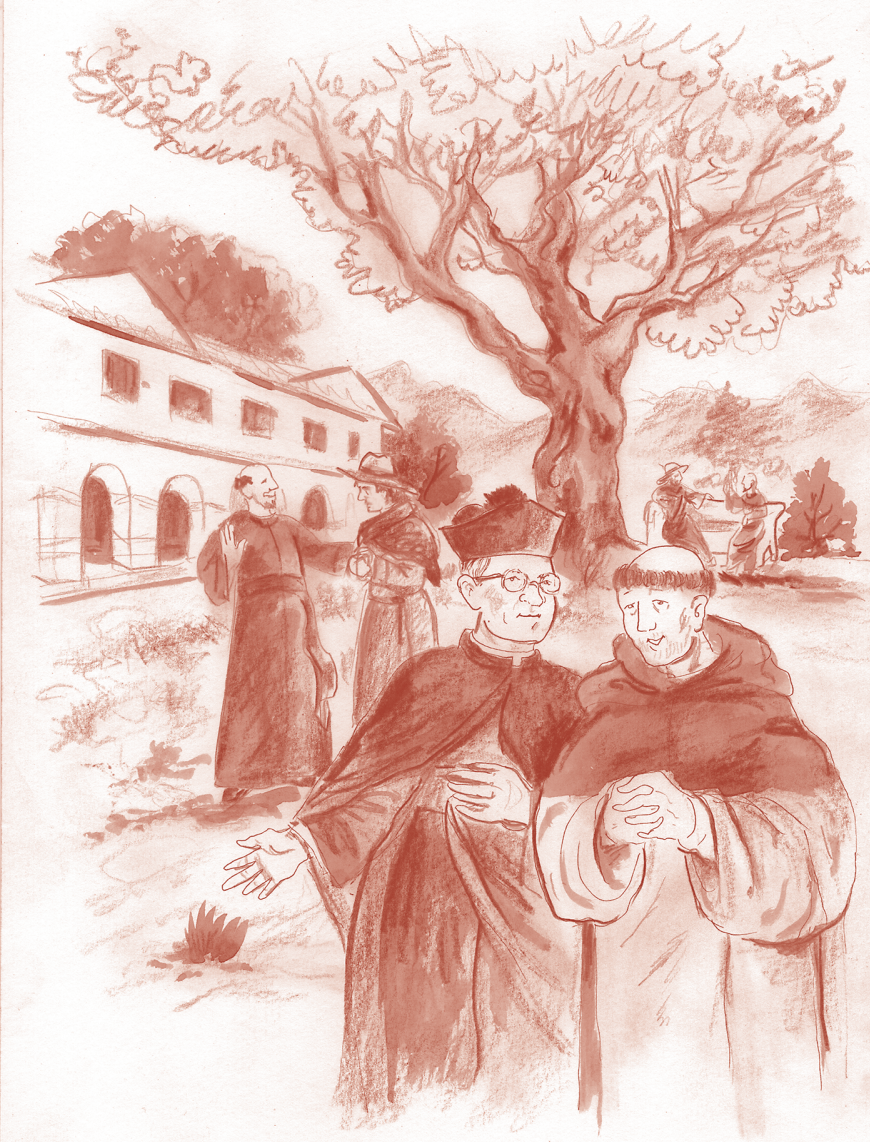
La Congregación tiene que soportar desde sus comienzos grandes contrariedades. De ocho individuos para el ingreso permanecen firmes solo tres: Matovelle, Arriaga y Corral, como ya hemos visto. Y establecida ya la Congregación, el P. Matovelle refiere que, ha-

llándose en casa del Corazón de María, en la semana de ejercicios espirituales para el comienzo de la obra, una mañana le acometió de súbito una espesa nube de murciélagos con tal insistencia, que apenas si con el bonete y el manteo podía defenderse, pero, cosa admirable, al hacer la señal de la cruz los fastidiosos bichos huyeron precipitadamente.

Otro día, ya en Azogues, poco antes de acostarse, a puerta cerrada aparece de repente un perro que se pone a ladrar con tal furia, que desaparece apenas Matovelle hace la señal de la cruz: una mano misteriosa parece velar por el instituto y la vida de su director.

En una noche oscurísima y tempestuosa, dice el P. Matovelle, salía acaso a confesar a un moribundo en una apartada choza, al regreso brillaba la luna en todo su esplendor y con mi guía pude darme cuenta de un terrible precipicio, que a la venida habíamos pasado con dificultad y que al regreso tuvimos que evitarlo dando un gran rodeo.

En memorias refiere sucesos semejantes acaecidos tanto a él como a otras personas que manifiestan el beneplácito divino para la obra de la Congregación. En gracia de la brevedad referiremos solo el siguiente.



El precepto evangélico de la predicación es rigurosamente cumplido, el primer año por Matovelle y sus dos compañeros y desde el segundo año con la ayuda de Jesuitas, Redentoristas y Dominicos, invitados expresamente para las misiones.



En Pasto vivía una religiosa Concepcionista que había profetizado el fracaso de la revolución de Alfaro en 1884, y profetizó más tarde su triunfo de 1895 y el año de la muerte de Monseñor Ordoñez. A esta religiosa Sor Soledad de Santa Ana se dirige el Padre Matovelle y la respuesta que no se deja esperar, es favorable, pero había motivo especial para darle crédito.

Se reúne en esos días el Congreso Eucarístico de 1886 y el Señor Arzobispo convoca un concurso para el arreglo del altar mayor. El señor Rafael Salas se ofrece a ejecutar el trabajo, a condición de que nadie modifique lo que él haga. Como el señor Salas era el mejor pintor de Quito fue aceptada la propuesta, y presentó un elevado monto sobre el cual se hallaba de pie el Corazón de Jesús y a las faldas de la montaña cuatro figuras que representaban los cuatro puntos cardinales. ¡Cosa admirable! Este mismo cuadro venía descrito en la visión que la madre Soledad decía haber visto para expresar al Padre Matovelle la aprobación de Dios a su Instituto. El señor Salas no tenía motivo alguno para conocer ni siquiera la existencia de esta consulta y respuesta confidencial.

A pesar de estas señales de beneplácito divino, la Congregación de Oblatos marchaba lentamente y con se-

rias dificultades. En los tres años de permanencia en Azogues no tubo sino los tres sacerdotes que ya conocemos, uno más que solía acompañarlos como coadjutor y cuatro empleados. Pero en los primeros días de mayo de 1887 cinco de los mejores seminaristas de Cuenca solicitaron se les admitiese en el Instituto: Froilán Pozo, Virgilio Maldonado, Adolfo Bravo, Fidel Cevallos y Belisario Palacios. Con este contingente se pudo organizar ya el noviciado, y el Padre Matovelle fue nombrado director sin dejar por eso de ser el párroco de Azogues. Al principio el mismo convento o casa de la parroquia sirvió de local; pero como este convento era sumamente estrecho, se adquirió con posterioridad para este fin una quinta de las señoras Carrasco, cerca del pueblo.

Como eran ya nueve los miembros de la congregación, el 26 de mayo de 1887 se dio comienzo a la obra de adoración y oblación perpetua y social al Santísimo Sacramento, a que el Ecuador estaba obligado desde 1873 por el pacto de Quito. Los Oblatos, a nombre del Ecuador, vienen a ofrecerse como víctimas, y si el buen ejemplo se propaga a otros países, el Ecuador y otras naciones de la tierra tendrán victimas que impetren a Dios gracias y mercedes para sus respectivos pueblos.

Si muchos gobiernos perseguidores de la Iglesia no se convierten, dice Matovelle, es porque nadie ora, nadie se sacrifica por ellos.

Así las cosas, el señor Obispo Miguel León mira tan complacido la obra de Matovelle y el funcionamiento de su Noviciado que, por auto de 29 de septiembre de 1887, llama a los Oblatos del Divino Amor, Oblatos del Corazón de Jesús y los establece canónicamente como verdadera Congregación Religiosa con todos sus derechos y privilegios, y les hace entrega de los censos, capellanías y más temporalidades correspondientes al Convento de la Merced de Cuenca.

El señor Obispo les da a escoger entre el convento de La Merced y el de San Francisco, y el padre Matovelle escoge el primero que, aunque muy arruinado, conserva los gratos recuerdos de su infancia y juventud y, sobre todo, decía, para que, nuestra Congregación creciera a los pies de María Santísima. Tres días después de aprobado el Instituto, el señor Obispo León expresa su deseo de que el noviciado de los Oblatos que funciona en la quinta de las señoras Carrasco en Azogues se traslade a Cuenca. Como el espíritu religioso de los novicios ganaba mucho con este cambio, por las

mayores facilidades para la instrucción y el mejor ambiente para la práctica de la virtud, el padre Matovelle no duda un instante en acceder, porque cumple así su propio deseo y acata también la orden de su Obispo. Pero como él era el Maestro de novicios tuvo también que abandonar Azogues. Este pueblo, al informarse de la noticia, se levanta en masa a pedir al prelado que revoque la orden y hasta se ofrece a comprar para el instituto, por colecta popular, la quinta de las señoras Carrasco. Todo es inútil, hay de por medio intereses superiores y no es posible desatenderlos. A mediados de septiembre de 1887, una mañana antes que despunte el alba, **el padre Matovelle sale de Azogues despidiéndose de corazón del pueblo, al que amaba con entrañable cariño. Presenta como párroco al Padre Jesús Arriaga.**

El establecimiento de la Congregación en la nueva casa de la Merced reviste de gran solemnidad. Se realiza con asistencia del Cabildo Eclesiástico, del clero secular y regular y de autoridades civiles y militares de alta categoría. En la misa solemne, después del evangelio lleva la palabra el padre Julio Matovelle y habla sobre la necesidad de construir desde los cimientos la vida interna, para ello había que levantar el edificio no sobre arena

sino sobre roca a fin de que resista todas las tempestades. La ceremonia termina con el cantico del Te Deum.

No resistamos el deseo de reproducir el discurso del P. Matovelle, que glosa el versículo 1 del Salmo 132; Oh, ¡cuán bueno y cuán dulce es el vivir de los hermanos en mutua unión!

Dice así el discurso:

Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis, señores, hermanos míos:

Cuando S. Juan Bautista se presentó en las orillas del Jordán para predicar a los judíos el bautismo de la penitencia, interrogándole estos: **¿Tu quis es? Profeta es tu?** ¿Quién eres tú? ¿Eres acaso un profeta? Esta es siempre la primera cuestión que se pone en toda obra católica que nace en el seno de la Iglesia, y esta es la pregunta a la que nos vemos también obligados a contestar los que formamos la incipiente asociación sacerdotal que hoy por vez primera se presenta ante vosotros.

Sin embargo; hermanos míos, si mi insuficiencia debe sellar mis labios, la gloria del Señor obligame también a desplegarlos, porque en toda asociación religiosa, por

imperceptible que sea, si apartamos el polvo ruin y corruptor de la obra humana, veremos brillar muy luego el oro puro de la acción divina. Para nosotros la ignominia y la vergüenza, y solo para el Altísimo la gloria y la alabanza. Gloria y alabanza que debemos tributar a Dios tanto al contemplar la inmensidad de los mares como al sorprender el nacimiento humilde de una olvidada fuente de las grietas de una roca. **¡Benedicite, fontes, Domino! Benedicite. Maria, et flumina, Domino!**

Hoy celebra la Iglesia al glorioso Príncipe de las milicias celestiales, San Miguel, que aterró a las legiones de los ángeles réprobos al sublime grito de ¿Quién como Dios? **¡Quis ut Deus!** Cántico de triunfo al cual nos unimos ensalzando la bondad y la omnipotencia divinas que brillan siempre en todas las obras del Señor, aun a través de la frágil envoltura que por acaso les presta la pasajera acción del hombre.

Para daros, pues, a conocer qué es y qué cosa se propone el Instituto de Sacerdotes Oblatos del Sagrado Corazón, me bastará manifestaros cuál es su fin con respecto a Dios, a los fieles y a sí mismo. De esta manera cumpliré el deber que se me ha impuesto en el presente discurso, y probare también al mismo tiempo



*M*atovelle veía oscuro el porvenir a causa del contexto; sin embargo, apostó por cambiar la mentalidad de la niñez y la juventud del lugar en busca de frutos para el futuro.



cómo se han realizado una vez más entre nosotros aquellas proféticas palabras de los Salmos: **¡Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!** ¡Mirad cuán buena y cuán dulce cosa es el vivir los hermanos en mutua unión!

Pero de ninguna manera podrán mis labios glorificar al Señor, si no se hallan previamente empapados en la unión del cielo, y es esta la gracia que os ruego, imploremos del Espíritu divino, por medio de su Inmaculada Esposa, a quien saludaremos con las palabras del Ángel.

El primer fin que se propone nuestro instituto es ofrecer un asilo a algunos miembros de nuestro clero que, sin sentirse llamados a la vida monástica, desean sin embargo huir de los peligros a que los expone el aislamiento.

Dios Nuestro Señor nos ha creado sociables, y de aquí es que todo hombre busca instintivamente la asociación como un complemento de su ser y una necesidad imprescindible de su naturaleza. Por esto también no hay orden alguno de actividad humana que no sea susceptible de asociación, pues solo por su medio es eficaz una empresa y el fructífero trabajo. Si miramos al hombre bajo el aspecto religioso, ahí está la Iglesia; si en el de

sus relaciones civiles, ahí está la sociedad política; y si en el de sus necesidades individuales, ahí está la sociedad doméstica. Siempre y en todas partes le vemos al hombre en familia. Nada tiene pues de extraño sino antes de muy lógico que en la vastísima extensión del ministerio eclesiástico broten constantemente variadas y múltiples familias sacerdotales.

¡Vae soli! ¡Ay del que va solo! **Non est bonum esse hominem solum:** no es bueno que el hombre esté solo, ha dicho el Señor y su palabra debe cumplirse. Por el contrario, cuán altamente ensalza el Espíritu Santo la vida de unión y concordia fraterna. Mirad, dice cuán bueno y cuán gustoso es que todos los hermanos habiten en uno: **¡Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!** Es como el oloroso perfume que, derramado en la cabeza, va destilando por la respetable barba de Aarón y descendiendo hasta la orla de su vestidura como el rocío que cae sobre el monte Hermón, como el que desciende al monte Sion. Pues allí donde reina esta concordia social, derrama el Señor sus bendiciones y vida sempiterna: **Quoniam illic mandavit Dominus benedictionem et vitam usque in saeculum.**

Sobre estas mismas bases fundó también nuestro Divino Salvador el sacerdocio de la ley evangélica. Forma su apostolado sujetándose a la vida de reunión y sociedad, aunque la mies es mucha y los operarios son pocos, manda; sin embargo, a los discípulos de dos en dos por todas las ciudades y lugares a donde había de venir Él mismo. **Misit illos vinos ante faciem suam, in omenem civitatem et locum quo erat ipse venturus. Et icebet illis: messis quidem multa, operario autem pauci.**

Conforme a estas enseñanzas del Divino Maestro, el clero ha buscado siempre en la asociación su sostén, su refugio y su perfeccionamiento. Los más insignes prelados de la Iglesia en saber y santidad han sido siempre los más declarados protectores de las hermosas y fecundas asociaciones sacerdotales.

Tal vez, hermanos míos, os ha sorprendido no poco al mirar cómo hoy en este templo un príncipe de la Iglesia, un sucesor de los apóstoles, el Ángel custodio de la Diócesis de Cuenca, ha hecho ostentación de sus bondades y desplegado todo su poder para amparar a una asociación de sacerdotes apenas conocida. Pero recordad que lo que miráis con extrañeza es un espec-

táculo antiguo ya en el mundo: Los Basilio y Agustinos habitaban en una misma casa con su clero; y el gran San Eusebio de Vercelli se preciaba de afirmar como obra de gran excelencia su celo pastoral al proteger la vida de la asociación de los sacerdotes de su Iglesia.

El Santo Padre Pio IX de feliz memoria; recomendó muchísimas veces esta reunión en el clero como uno de los mayores bienes que podía hacerse a la Iglesia de Dios. En una carta latina dirigida en 1866 al Canónigo Gaduel con motivo de su obra sobre el V. Holzhauser y el célebre **Instituto de los Clérigos seculares que viven en comunidad**, dice: “A las ventajas que el clero reportó de este Instituto en el Siglo XVII son seguramente una garantía de los frutos menos grandes que institutos semejantes podrían producir en nuestra época, porque la reunión de los espíritus de los corazones favorecida por la vida común alimenta la caridad y atrae la gracia del Señor que, ha prometido estar en medio de los que se reúnen en su nombre, y hacer oír su voz al corazón en el recogimiento y el retiro”. Por esta razón vemos, continua el Santo Padre, “que las antiguas leyes de la Iglesia no solamente aprueban sino ordenan que los presbiterios, los diáconos y los subdiáconos vivan y coman juntos; poniendo en común todo lo que les

venga del ministerio sacerdotal, y les recomienda procuren con todas sus fuerzas hacer en sus costumbres la vida la apostólica que no es otra que la vida en común”. Estos mismos deseos han manifestado después el Concilio Vaticano I y Su Santidad León XIII al aprobar la celeberrima asociación del Clero fundada hace veinticinco años en Francia por el abate Labeurier con el título de **Unión Apostólica**.

La asociación es fecunda, el aislamiento es estéril. La caridad es la vida, y el egoísmo es la muerte. Por esto nunca se ha manifestado tan enérgica y viva la acción sacerdotal en la Iglesia como desde el impulso salvador comunicado al clero secular en el Concilio de Trento.

Hasta entonces la vida apostólica había sido como un privilegio exclusivo de las Órdenes monásticas; desde entonces acá, al calor vivificante de esos ilustres noviciados del clero llamados Seminarios, vemos siempre en primera línea a la ínclita falange sacerdotal ya sea en las fatigas del apostolado o en la oración. San Carlos Borromeo y San Felipe Neri, San Vicente de Paul y San Toribio de Mogrovejo han reproducido en Francia, Italia y América las maravillas de pentecostés. Y esa impetuosa corriente de vida no ha pasado aun, muy al

contrario, está en sus principios. Contemplar a la juvenil Iglesia de los Estados Unidos levantarse apenas de su cuna, y hela ahí repleta de vida, de esa heroica vida de la abnegación y celo sacerdotales.

¡Y qué! Solamente el clero sudamericano había de perderse en el aislamiento desolado, como las gotas matutinas del rocío en los arenales de un desierto ¡Ah, no! El clero en todas partes es el mismo, activo, generoso y fecundo; pero este imperceptible grano de mostaza que va volando en alas de los vientos, para echar raíces y convertirse en árbol solo necesitaba del corazón de un padre, esto es, del magnánimo y generoso corazón de los prelados que es esa tierra bendita en donde únicamente germinan y crecen las plantas del Santuario.

Tales son los motivos que primeramente nos han impulsado a congregarnos en nuestra asociación: huir de los peligros que a cada paso ofrece el aislamiento y participar de las inestimables ventajas, pero principalmente el ministerio parroquial.

Entre las varias necesidades de la Iglesia sudamericana la más imperiosa y urgente es, sin duda alguna, la de un clero numeroso que pueda atender al servicio espiritual de los habitantes de los campos que forman las nue-



7/12

*M*atovelle impulsó las fiestas oficiales de Azogues al Sacratísimo Corazón de Jesús y al Purísimo Corazón de María con inmensos beneficios emanados de Roma.



ve décimas partes de la población del continente. Casi todas las Órdenes y Congregaciones religiosas tienen por teatro principal de su celo y actividad apostólica los grandes centros de la población que por lo tanto abundan en toda clase de recursos para la vida espiritual, mientras el cura de aldea es el único llamado a sostener la piedad y las buenas costumbres en nuestros míseros y olvidados villorrios. Ciertamente que gran número de infatigables misioneros desbrozan ese campo sembrando en él la palabra evangélica; pero el trabajo del misionero es como el de las tempestades que purifican la atmosfera y remueven la superficie resquebrajada de la tierra, mientras las faenas del Párroco son como la lluvia menuda pero continua, que alimenta la sabia de las plantas y prepara magníficas cosechas.

El gran San Vicente de Paul, del trabajo de las misiones pasó a la formación del Seminario, porque decía que eran estériles las primeras si la labor del misionero no era continuada por los desvelos del párroco.

Pero cuanto son hermosas las preeminencias del ministerio parroquial otro tanto grandes son los peligros que por donde quiere le circundan. De modo que, el ministerio sacerdotal más indispensable en la Iglesia

de Dios ha llegado también a ser el más temeroso de todos. El cura de Ars, Juan Bautista Vianney, sumiase en insondable amargura y lanzaba tristísimos suspiros al considerar el duro riesgo en que se encuentra un párroco. El aislamiento, decía, el aislamiento es el peligro inminente de los curas.

He aquí por qué, si en todo misterio sacerdotal es bueno y útil la asociación, es sobremanera indispensable en el del cura de almas. Aliar en el párroco de aldea la vida del misionero con la del monje sería un ideal encantador de perfección. Pues bien, realizar este ideal es precisamente el segundo de los fines de nuestra Congregación.

En el penoso y difícil ministerio parroquial es donde más que en otro alguno se saborea la celeste dulzura de las palabras del profeta: ¡Oh! Cuán bueno y cuán gustoso es el habitar los hermanos en uno. Pues, según comenta este pasaje el incomparable Pio IX, el encanto de esta sociedad es semejante al perfume derramado sobre la cabeza de Aarón, que embalsama su barba y sus vestidos, o como el abundante rocío que cae sobre las montañas de Sion y del Hermón. Porque en efecto, por medio de esta asociación aléjense los párrocos de

los negocios y reuniones mundanas, para vivir juntos en unidad del espíritu y de la fe, entonces reciben de lo alto la unción de la gracia espiritual que derramándose sobre el entendimiento como sobre la cumbre del alma, se difunde después en todas las acciones de la vida para arreglarla bien y procurar el ejercicio exacto de las funciones sagradas; unción celestial que desciende luego por el ministerio evangélico hasta los fieles, para fecundizar sus corazones; así como el rocío manantial fecundiza la tierra.

Oh, verdaderamente cuán dulce es derramar el alma en un corazón hermano, cuando desmaya se rinde el espíritu es las arduas fatigas del ministerio parroquial. Cuando las zarzas de la envidia, de la calumnia y el odio nos desgarran los vestidos y nos ensangrientan los pies. Y qué habrá sino morir de angustia ese pobre párroco de aldea, que después de sus penosas tareas y en medio de acerbos persecuciones, no encuentra en torno suyo más amigos que el silencio y la soledad. Mirad cuántos bienes y consuelos trae el habitar los hermanos en uno.

El tercer fin que se propone nuestro instituto, con relación a Dios Nuestro Señor, es procurar la mayor gloria

posible del Sacratísimo Corazón de Jesús. Este fin, por lo mismo que es mucho más importante que todos los anteriores, es también el que más eficazmente ha influido en la existencia de la obra, así como el más vivo e imperioso de nuestros deseos. En efecto, consagrada como está la República del Ecuador al Corazón Sagrado de Jesús, necesario es de toda necesidad que la represente y que a nombre de toda ella rinda continuos homenajes de amor y adoración a este Corazón divino.

Consagrar una casa o persona a Dios, es separar del mundo y dedicarla únicamente al servicio del Altísimo. Según esto, toda la nación ecuatoriana debe considerarse como una propiedad exclusiva del Corazón adorable del Verbo encarnado y la ocupación principal de nuestro pueblo debe ser amar, adorar y bendecir incesantemente a este Corazón divino; de modo que la República toda sea como un puñado de incienso que se deshace y se consume sobre las brasas encendidas del Altar. Pero como es imposible que la nación como nación pueda desempeñar constantemente tan arduos como santos deberes, de aquí la imperiosa necesidad de que haya un Instituto religioso nacional que a nombre de la República entera tribute de continuo al Sagrado Corazón los homenajes que por habernos consagrado a Él debemos.

Grande e imperiosa necesidad es esta porque de ella depende nada menos que un notable aumento de la gloria del Señor y la salvación de la Patria.

Importa y mucho a la gloria del Señor, quien, en medio de la apostasía social de las naciones de la tierra, cuando el ateísmo político ha extendido sus conquistas sobre todo el universo, haya siquiera un Estado bien que pequeño y humilde que sea una viva y continuada protesta contra la maldad triunfante. Y no de desaliento, sino de confianza nos ha de ser la humildad de la República; pues de párvulos y niños arranca Dios la alabanza que le niegan los orgullosos: **Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos ut destruas inimicum et ultorem.** Cuando todos los grandes y los sabios, los ricos y los poderosos doblaron su rodilla para adorar la colosal estatua de Nabucodonosor, tres niños bastaron para humillar al soberbio y vindicar la gloria del Altísimo de la idolatría.

Si tan necesario es a la gloria del Señor este culto social no interrumpido que debe tributar nuestro pueblo al Sagrado Corazón, no es menos conducente para la paz y prosperidad de la República pues, ella será siempre bendita en proporción de la gloria que se esfuerce

en tributar a su Hacedor. **Qui elucidant me vitam aeternam habebunt**, ha dicho la sabiduría increada y su palabra tiene que cumplirse. El pacto que el Ecuador ha celebrado con el Corazón adorable de su Dios, debe llenarse, porque ¡ay! de aquel día en que rompa traicionablemente sus compromisos y se declare infiel ante el Señor. Aquel será el día de nuestra irremediable perdición.

Deber es, por lo mismo, y deber sagrado de todos los ecuatorianos cooperar a medida de nuestras fuerzas que la nación cumpla con exactitud estos santos compromisos. Por nuestra parte, trataremos de llenar de este deber en la Asociación, procurando que ella se dedique con todas sus fuerzas a sostener y propagar en la República el reinado del Corazón Santísimo de Jesús.

Gloria, honor y bendición al Corazón adorable de Jesús por los siglos de los siglos.

Y vos, Oh Dulcísima María, oh Reina soberana de las Mercedes que como blanquísima paloma que tiene sus alas para abrigar a sus pequeñuelos, así extendáis vuestros dulcísimos brazos para recibirnos, a vuestra soberana protección nos acogemos ¡Oh Virgen Santísima! Vos sois la Madre; la Reina y la dueña absoluta del naciente instituto; vuestros somos, oh madre amorosí-



El P. Matovelle refiere que, hallándose en casa del Corazón de María, en la semana de ejercicios espirituales para el comienzo de la obra, una mañana le acometió de súbito una espesa nube de murciélagos con tal insistencia, que apenas si con el bonete y el manteo podía defenderse, pero, cosa admirable, al hacer la señal de la cruz los fastidiosos bichos huyeron precipitadamente.



sima! En vos hemos puesto nuestra esperanza, no permitáis que seamos confundidos. **In te Domine speravi, non confundar in aeternum.** Amen.

Así terminó el discurso del apóstol y del asceta poniendo en evidencia el horizonte de la Congregación.

Por lo plasmado anteriormente, Cuenca recibe complacida al hijo de su suelo que viene a encerrarse dentro de sus muros para enseñarle virtud y ciencia. El convento de la Merced en ruinas hay que repararlo. Para hacerlo el Padre Matovelle se endeuda de dos mil sures, y cuando venció el plazo no hay cómo pagar la deuda, una persona desde Quito le regala tres mil sures, con lo que sobra dinero para nuevas reparaciones. Nunca olvida la Providencia a los que trabajan con los ojos en el cielo sin esperanza de recompensa de la tierra.

En el templo de los Oblatos funcionan en seguida cinco Congregaciones la de las terciarias mercedarias establecida por antiguos padres de la Merced; la de nuestra Señora de los Dolores, establecida por el Padre Matovelle en este mismo templo desde 9 de Febrero de 1883, las del Apostolado de la Oración e Hijas de María, creadas por los Jesuitas que abandonaron la ciudad a los quince años del permanecer en ella (1870 – 1885) y

que el señor Obispo entregó a los Oblatos; en fin la del Santísimo Corazón de María; para la conversión de los pecadores, a la cual el Padre Matovelle atribuye la salvación de su Madre, fallecida el 11 de Abril de 1890 en Lima, sin confesarse por haber perdido el habla, pero con claras señales de arrepentimiento.

El bien que hicieron estas congregaciones no es para decirlo. Los barrios de la Merced y Todosantos, que antes eran focos de libertinaje se tornaron en ejemplares por sus costumbres. La predicación asidua y llena de contenido, el confesionario constante y a horas fijas y la frecuencia de los sacramentos trajo consigo la virtud. Desde esta Casa Madre se atendía también a los misioneros de las parroquias en perfecta armonía con los párrocos; y el 10 de septiembre de 1889 los Oblatos se hacen cargo del Colegio del Corazón de María en Azogues, que pronto aumenta sus alumnos de 200 a 500.

Pero hay algo que merece especial recuerdo. Los Congresos de 1885 y 1886 se habían ocupado con celo muy laudable de la evangelización de los indígenas del oriente ecuatoriano, en la hoya amazónica. Hasta entonces este territorio formaba un solo vicariato a cargo de los Jesuitas; y cuando ellos pidieron la escisión, el

Congreso de 1888, por Decreto legislativo de siete de agosto, ordenó al Poder Ejecutivo suplicar a la Santa Sede erigiese allí cuatro vicariatos, el del Napo a cargo de la orden de Santo Domingo, el de Méndez y Gualaquiza encomendada a los Salesianos y el de Zamora a los Franciscanos. Los cuatro Vicariatos debían depender directamente de la Congregación de **Propaganda Fide**, ser regidos por obispos titulares o **in partibus** y, en fin, gobernarse por leyes eclesiásticas especiales a que la Iglesia sujeta tales misiones.

En Memorias Íntimas nos dice el padre Matovelle que el autor del proyecto fue él, y que la solicitud al respecto y los papeles a ella referentes se hallan en el archivo de su Congregación.

El presidente Antonio Flores el 6 de octubre de 1888, en cumplimiento de lo ordenado por el Congreso, se dirigió a la Santa Sede indicando que, a más de los Jesuitas, laboraban ya en el oriente los Dominicos y las Hermanas del Buen Pastor, y que los Franciscanos desde Loja pronto acudían también. El sumo Pontífice contesta el 30 de enero siguiente, diciendo que nada más digno de varones cristianos y sabios gobernantes, ni nada más útil a la República que el empeño de procurar la

educación de los indígenas y su evangelización; que la solicitud de dividir esas regiones en cuatro Vicariatos va a ser estudiada con partículas interés y cuidado.

Gran parte de este elogio correspondía al padre Matovelle por ser el autor de la iniciativa. Y seguramente por influjo del mismo Matovelle, el Congreso del año siguiente entregó a las misiones prietales el producto fiscal de la pólvora, por Decreto del 13 de agosto.

La Santa Sede, por su parte, fue configurando los 4 Vicariatos conforme a los deseos del Gobierno ecuatoriano, el último Vicariato de Méndez y Gualaquiza lo erigió León XIII en la audiencia de 8 de febrero de 1893 y fue entregado a los Padres Salesianos.

Quedaron así cumplidos los deseos del padre Matovelle sobre la división eclesiástica del oriente ecuatoriano; y con este motivo quedó también constancia de la competencia con que en Roma se miraba al Instituto de los Oblatos.

CIENCIAS ECLESIASTICAS DEL P. MATOVELLE – OBRAS RELIGIOSAS SOCIALES – MATOVELLE Y EL OBISPO GONZALES CALISTO – RECONOCI- MIENTO DEL EPISCOPADO ECUATORIANO.


García Moreno y Matovelle antes que las palabras son obras. Matovelle trabaja de pie en la biblioteca; su erudición es grande, conoce a fondo los clásicos y ha leído los innúmeros volúmenes de los Bolandistas. Su criterio es admirable. Un Obispo hace leer en cierta ocasión una Historia Eclesiástica a los Seminaristas, Matovelle le oye y dice: “Tiene sabor herético”. Poco después la Santa Sede condenaba la obra. Es tan formidable el bagaje de sus conocimientos y hay tal orden en ellos que cuando escribe una Novena del Espíritu Santo y la lee Fray José María Aguirre, exclama: “No he conocido mejor trabajo del Espíritu Santo que esta novena. Pero su obra de más aliento es **Meditaciones sobre Apocalipsis**” aprobada por la Santa Sede.

La piedad de Matovelle corre pareja con su ciencia. Aun en público se arrodilla al toque del **ángelus**. Su confesionario, afirma un escritor, fue sanatorio de almas durante 49 años. fue terciario franciscano, y en sus citas tiene la puntualidad de un reloj. Su actividad es



increíble; el inspira al Obispo Ordoñez el primer Congreso Eucarístico, y la Basílica es su obra como lo es también la Consagración de la República al Inmaculado Corazón de María. Compone un nuevo oficio en honra de la Madre de Dios y la Madre de los hombres para la provincia Eclesiástica del Ecuador, y por sus gestiones y sobre su trabajo, Roma concede a un instituto de Religiosas de Roma una Misa bajo el Título **Mater Hominum** (Memorias y documentos, tomo segundo, pág. 221). De la Merced y el Cenáculo salen más de cincuenta sacerdotes, y solo Dios sabe las vocaciones que provocó con sus consejos. Al mismo Obispo Polit fue el Padre Matovelle quien lo encaminó al altar. Un sacerdote sin oración y sin estudio es una amenaza para la Iglesia, dice.

El 26 de mayo de 1912 Monseñor Carlos María de la Torre, recién llegado de Europa, se consagra en la Catedral de Quito, Obispo de Loja y parte a su Diócesis a donde llega el 7 de julio. En Cuenca el Padre Matovelle le recibió en el Convento de los Oblatos y le pide que perdone una casa modesta que carece de los esplendores de Roma. Pero en Roma, responde el prelado, “no había un Matovelle”. Así era. Cada hombre es hijo de su medio. **Roma agitada por otros problemas no**





“Apenas instalados en Azogues, arreglamos convenientemente la casa del Señor, para que se respire por todas partes el aroma de la fe y se celebre con gran recogimiento y piedad el Santo Sacrificio de la Misa”. P. Matovelle.



podía dar una personalidad tan vigorosa como Matovelle en la lucha contra el liberalismo. En los albores de su vida había visto a los liberales piadosamente adorando a Dios y ahora en el crepúsculo, esos mismos liberales afiliados a la Masonería rendían culto al mal. Como una mala sombra, como una permanente tentación, el liberalismo le había rodeado desde la niñez y la juventud y siempre, exceptuando quizá algunos momentos fugaces de esta última edad, lo había hallado de pie combatiéndolo.

De todo se vale para el bien. En 1909 ayuda al Ilmo. Obispo Urigüen a llevar a los Hermanos Cristianos a Loja. En 1915 con el Dr. Honorato Vásquez acostumbra a ir a visitar al Dr. Remigio Crespo Toral. De estas visitas sale la **sociedad “Estudios Históricos y Geográficos del Azuay”**, que en un cuarto de siglo viene haciendo una interesantísima labor en pro de la Historia y Geografía patrias. El mismo Padre Matovelle enriquece a la sociedad con un hermoso trabajo, que fue confirmado por el eximio historiador Sr. Jacinto Jijón y Caamaño, posteriormente.

En 1916 instala en el Convento de los Oblatos en Cuenca la “Junta Orientalista” para defensa del territo-

rio patrio, que elige como su presidente al Dr. Remigio Astudillo. El 27 de febrero de 1928, firma como Presidente Honorario, y manifestó en la Junta Promotora de la Colonización Oriental a la Nación, sobre la forma de asegurar ese territorio para el futuro de la República.

El 26 de junio del mismo año lo vemos interesado con el Dr. Gonzalo Zaldumbide, Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Francia, para que arregle en Roma el litigio en territorio amazónico entre Salesianos y Dominicos que venía ocasionando dificultades en las misiones.

En marzo de 1929, el gobierno, a petición suya funda una escuela en Galápagos. Cree que las escuelas y las misiones son la mejor manera de defender el territorio patrio.

Funda en Cuenca el “Centro Católico de la Juventud” y, aun en 1927 se le ve enseñando a los jóvenes Religión y Apologética para que sepan darse cuenta de su fe y defenderla contra los adversarios.

Son también obra suya la creación de la Provincia de Cañar, la parroquia urbana de Huainacapac en Cuenca con su Santuario del Vergel y las Misiones Salesianas de Méndez y Gualaquiza. En sus últimos años esta-

blece la casa de San José para ancianas indigentes, y para la práctica de la caridad cristiana, une a las señoras en una gran asociación, llamada de las Señoras de la Caridad.

Hombre valeroso, no tenía miedo en llamar a las cosas por su verdadero nombre. Es **Casus Belli**, dice el Dr. Peralta: Erase una fiesta del Sacramento, la Catedral llena de oyentes, la Eucaristía expuesta a la Adoración de los fieles. ¿Recordáis cuál fue el sermón del Padre Matovelle? Llamó nada menos que historias a los conjurados de julio (1896); pedazos de Eucaristía a los que mataron a mansalva a los defensores del orden público; partículas gloriosas del mismísimo Cristo a los que habían caído sin vida en la criminal empresa. Peralta, por gozar de los favores de Alfaro, olvida que este era el usurpador, que los defensores del orden público eran los católicos, y los conjurados y los autores de la criminal empresa de derribar el orden legal eran los Alfaristas. Los católicos con las armas en las manos eran los soldados de Cristo, defensores del orden: y Matovelle hace bien en llamar las cosas por su verdadero nombre. De su conducta no iba a dar cuenta a los liberales sino a Dios.

Matovelle es de esos hombres que la Providencia depara de cuanto en cuando a las naciones para iluminar el camino del futuro. Hombre símbolo, bien parece estos versos que como epitafio el Dr. Luis Cordero Crespo le dedica:

*“Modelado fue en la arcilla fervorosa
de esta América, que parte en dos mitades el Océano;
que prestigia cada cumbre con el fuego de una rosa
de volcánica igniscencia reventada de lo arcano.*

*Con la arcilla de esta tierra, que se quiebra en mil poliedros,
que es la carne de las flores y es la pompa de los cedros,
que es el ala de los cóndores y es la piel de los jaguares,
que es el musculo del indio y el calor de los aduares.*

*Con la arcilla de esta tierra se fundió la estatua viva;
en que Dios infundió un alma bella, y noble, y sensitiva.*

*¿Era el alma de un tribuno o era el alma de un guerrero?
¿Era el alma de un Pontífice o era el alma de un asceta?
¿Era el alma de un artista o era el alma de un profeta?
¿Era el alma de un enviado o era un ángel mensajero?*

*Sabe Dios, que de la nada lo formo para ser todo;
que en la roca hace el diamante y el espíritu en el lodo!*

*No pongáis en mis palabras la emoción de lo hiperbólico;
este siglo de flaquezas, este siglo melancólico,
embriagado con la sabia de la higuera maldecida,
necesita de hombres símbolos, que en distintas latitudes
pongan animo en las almas y en los pechos pongan vida;
de otro modo va al sepulcro prematuramente abierto,
que tragarlo sabrá vivo, cual si ya estuviera muerto”.*

Ahora no es placentero citar el juicio del consagrado historiador ecuatoriano, Rvdo. P. José M. Legohuir, S. J. acerca del apostolado religioso-social del Rvmo. Padre Matovelle; lo tomamos del libro **Glorias Ecuatorianas**:

“Un apóstol y un apóstol a lo moderno en toda la extensión de la palabra, ni lo ha habido en la República, tal predicamento compete de lleno al R. P. JULIO MARIA MATOVELLE, a quien Cuenca reputa con razón por el más esclarecido de sus hijos.

¿Y qué entenderemos por apostolado moderno sino un foco vivo de la luz, de acción, de asociación? Trata de ejercer una influencia omnímoda en la juventud, en la prensa, en el pulpito, en la cátedra, en la tribuna, el Consejo y el Parlamento. Válese de todos los talentos, de la elocuencia, de la conservación, del ascendiente

en el ambiente social. El celo del apóstol no desenvuelve todas las actividades sino en una irradiación penetrada de la gracia y encauzada por una vocación providencial. Nadie lo ignora ya; nuestra generación ha presenciado aquel prodigio de celo, y otras muchas lo celebran y vivirán de sus obras, acaba de desaparecer de entre nosotros, y su gloria es ya cual de un astro de la historia”.

Después de iniciar elogiosamente el proficuo apostolado del Rmo. Padre Matovelle, cuando aún era seglar, dice: “A su acción sacerdotal y religiosa corresponde la fundación de la Congregación de los Padres Oblatos y la posterior de las Madres Oblatas de los Corazones Santísimos de Jesús y de María. Con su acción sacerdotal y social se relaciona, igualmente, la Asociación de Damas de la Caridad. Pero, pasemos ya a enumerar otras manifestaciones de orden superior todavía, si cabe, perteneciente a su apostolado sacerdotal y social, extendido ya a la esfera política. Sin el menor esfuerzo, sin la menor pretensión, su acento persuasivo arrebató la palma de la elocuencia parlamentaria, y se la conservó por dos lustros, hasta el término del régimen católico en la República, el año de 1895.



El P. Matovelle enseña que: “Las misiones parroquiales tienen como núcleo esencial la formación de los habitantes de una parroquia en los misterios de la fe cristiana, el desarrollo de la vida espiritual, la celebración de los sacramentos y la promoción social”.



Su primer triunfo parlamentario consistió en recabar el decreto de erección de una Basílica Nacional. Triunfo suyo, igualmente, la Consagración al Purísimo Corazón de María, con el decreto de erección de un monumento conmemorativo en 1892. Esfuerzo suyo así mismo, asumir para su propia Congregación el gravísimo encargo de la construcción de la Basílica susodicha.

Por abreviar, a ninguna pluma ecuatoriana debe la piedad católica tan delicioso caudal de ilustrada y solida devoción desde la obra voluminosa de las MEDITACIONES SOBRE EL APOCALIPSIS, hasta sus innumerables opúsculos si precisos por la forma, pero mucho más por el fondo: Devocionarios, meses, novenas, ejercicios varios, artículos, poesías, en fin, cuanto puede dar de sí la imprenta puesto al servicio de un hombre eminente en todo saber moderno o de una alma que, vibrando al compás de la gracia, sabe conmover y llevar a Dios en pos de sí un pueblo culto y religioso”.

¡Cuánto sentimos no poder trasladar a este lugar todo el enjundioso y bello artículo dedicado por el eminente Jesuita Rvdo. Padre Legohuir al Rvmo Padre Matovelle! Lo conoció perfectamente; y por eso, pudo admirar y ensalzar a este hombre de valor extraordinariamente, en varios aspectos.

Ahora veamos cómo en un momento de la Historia Eclesiástica Ecuatoriana, el Episcopado de la República reconoció la labor religioso social del Rvmo. Padre Matovelle. Basta presentar el **Voto razonado que el representante de Cabildo Catedral de Riobamba, Rvmo. Sr. Dn. Enrique Flórez** emitió en la tercera sesión de debates del Congreso Eucarístico de Cuenca:

“Señor Presidente:

Apoyo la moción del Ponente – Relator del Congreso Sr. Dr. Remigio Romero León.

Permitidme, Excelentísimos Señores Obispos, Venerables Sacerdotes, Señores y Señoras, Congresistas fundamentar mi apoyo a esta moción del Ponente: **“Que el Primer Congreso Eucarístico diocesano de Cuenca proclame al sacerdote Dn. Julio Matovelle “Apóstol de la Eucaristía”.**

Según enseñan los doctores y escritores católicos, alguien que ha vivido después de los tiempos apostólicos podrá ser llamado “Apóstol” **en sentido lato** si junta en si los tres requisitos siguientes:

1º- Señales claras de misión divina;

2º- Constante aplicación a enseñar una doctrina definida por el magisterio infalible de la Iglesia y a difundir entre el pueblo cristiano una práctica que, a juicio de la misma Iglesia Católica, es santificadora de las almas;

3º- Santidad de vida.

¿En el sacerdote Sr. Julio Matovelle se verifican estos tres requisitos?

Primero, la ciudad donde nace, la educación que recibe, el tiempo en que vive, las dotes naturales que le adornaron, la vocación al sacerdocio por vía excepcional y, más que todo eso, la autorización y encargo de legítimos Prelados, de cuya autoridad y obediencia nunca se aparta, son indicios de misión providencial.

Inquiramos la existencia del 2º requisito.

La comisión de historiadores declara plenamente comprobados estos hechos: que pertenece al Sr. Matovelle el libro intitulado “Mes del Santísimo Sacramento” en tres ediciones publicadas con la licencia eclesiástica, muchos sermones del Sacramento en los solemnísimos Septenarios del Corpus Christi y no pocas poesías eucarísticas;

Que, en 1892, fundó la Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento en esta Ciudad;

Que papa perpetuar tal adoración, hizo propia, al siguiente año, la idea feliz de uno de los más eminentes Obispos americanos del siglo XIX, el Ilmo. Sr. Dn. José Ignacio Ordoñez Laso, y la ejecutó valiéndose del brazo, cerebro y corazón de un seglar insigne por la piedad y por las letras, el Dr. Miguel Moreno, y estos cristianísimos habitantes vieron alzarse, como por ensalmo, en el corazón de Cuenca un templo monumental, que fue solemnemente consagrado el Primer día del siglo XX, templo distinguido por el sugestivo nombre de Santo Cenáculo, porque en él, como en el primer Cenáculo de Jerusalén, se multiplican los Juanes que reclinan deliciosamente su cabeza en el pecho del Divino Salvador, cuyo noble y generoso heraldo fue el Canónigo Dr. Matovelle;

Que, ni el cambio de los tiempos, ni las dificultades, ni las persecuciones le hicieron desistir de su propósito en el que perseveró hasta la muerte: ser santo bajo égida del Ob Amorem Dei.

Séame licito preguntar: ¿Qué más hicieron en España el Beato Antonio María Claret, y en Francia el Beato Pedro

Julián Eymard para merecer el dictado de “Apóstoles de la Eucaristía” que les han apropiado los doctores?

Por fin lo que pone el sello de autenticidad al verdadero apóstol es la santidad de vida.

Propio y exclusivo el poder Judicial de la Iglesia y el decidir acerca de la heroicidad de las virtudes del alma predestinada.

La Santa Iglesia nada a juzgado aun sobre la vida del sacerdote que nos ocupa, más la unánime estimación de nuestros pueblos acerca de que el Rvmo. Padre Julio María Matovelle fue un sacerdote de vida edificante es un hecho que todavía no ha tenido contradictor ni entre los escritores prevenidos contra el clero.

Pluguiera a Dios que este breve esquema sirviera de punto de orientación a esta venerable e ilustre Asamblea para resolver conforme más conveniente viera en el Señor la piadosa ponencia de la Comisión”.

La moción fue aprobada por unanimidad. (1)

- (1) Queremos dejar íntegramente escrita la famosa resolución del Congreso Eucarístico de Cuenca, el 11 de junio de 1938. Hela aquí:

EL PRIMER CONGRESO EUCARÍSTICO DIOCESANO DE CUENCA

Considerando que discutidas y aprobadas más mociones del ponente Relator del Congreso, Dr. Remigio Crespo León, documentadas con los informes de las Comisiones de Teólogos, de la Teología Mística e Historiadores, relativas que el sacerdote necesita ser públicamente enaltecido, y de modo preferente perpetuando la memoria de sacerdotes doctos, de virtudes admirables y de actividades fecundas y benéficas para la religión y la Patria, como lo fue el Sr. Dr. Julio Matovelle.

RESUELVE: Declarar y reconocer que JULIO MATOVELLE es benemérito de las Letras y de la Acción Social Católica.

Autorizar al comité encargado de erigir el monumento a Julio Matovelle, como testimonio de la gratitud y admiración cuencanas, en el Parque que el Municipio, representante del pueblo, ha señalado al efecto para que se grave en dicho Monumento esta inscripción:

**Primer Congreso Eucarístico Diocesano de Cuenca
A JULIO MATOVELLE,
Apóstol del Corazón Eucarístico de Jesús.**



El Señor Obispo Miguel León mira tan complacido la obra de Matovelle y el funcionamiento de su Noviciado que, el 29 de septiembre de 1887, la estableció canónicamente como verdadera Congregación Religiosa.



Solicitar encarecidamente del clero y piedad del Excmo., y Rvmo. Sr. Obispo Diocesano la práctica de las actuaciones, diligencias y declaraciones previas al proceso de Beatificación del Rvmo. P. Julio María Matovelle.

Dado en Cuenca, en el Salón de Sesiones del Congreso, a 11 de Junio de 1938.

(f.) + JOSE FELIX,
Obispo de Guayaquil.

(f.) + DOMINGO COMIN,
Obispo de Obba, Vicario Apostólico de Méndez y
Gualaquiza.

(f.) + ALBERTO MARIA,
Obispo de Bolívar,

(f.) + CESAR ANTONIO,
Obispo de Ibarra.

(f.) REMIGO CRESPO TORAL,
(f.) ALBERTO MUÑOZ VERNAZA,
(f.) REMIGIO ROMERO LEON.

Proveyeron y firmaron la resolución anterior los Prelados Honorarios, Excmo. Rvmo. Mons. Alberto María Ordoñez, Obispo de Bolívar, Excmo. Y Rvmo. Mons. José Félix Heredia, Obispo de Guayaquil, Excmo. Y Rvmo. Mons. Cesar Antonio Mosquera, Obispo de Ibarra, y su Excelencia. Rvmo. Mons. Domingo Comín, Obispo de Obba y Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza; los presidentes de las sesiones de debates Dr. Dn. Remigio Crespo Toral y Dr. Dn. Alberto Muñoz Vernaza, con el ponente relator Dr. Dn. Remigio Crespo León: Lo certifico;

(f.) REMIGIO ROMERO LEÓN.

Certificamos la autenticidad de la RESOLUCION
autógrafo.

Cuenca, a 14 de junio de 1938.

Relator, Remigio Romero León

Secretario, Cayetano Tarruel.

Secretario, Manuel A. Corral Jáuregui.

Al término de este capítulo es importante mencionar que, la pastoral adelantada por el Venerable Padre Ma-

tovelle tuvo un carácter integrador e integral, lo cual ya de por sí es sinodal, integrador porque supo vincular personas e instituciones en torno a lo que él llamó el reinado social de Jesucristo; integral, en la medida en que, entendida la evangelización como un proceso de humanización desde Cristo, abarcó escenarios educativos, sociales, culturales y por supuesto religiosos.

Esta plataforma pastoral, permitirá en el siguiente capítulo al lector visualizar las notas características de la pastoral oblata junto con un método que en todo caso a todas luces es sinodal, esto permite concluir que, el Fundador de los Oblatos y Oblatas en el contexto del siglo XIX hizo de la pastoral una experiencia sinodal de comunión y participación en la Iglesia particular de Azogues.

CAPÍTULO II

TRAS LAS HUELLAS DE LA PASTORAL DEL PADRE JULIO MARÍA MATOVELLE EN CLAVE SINODAL

*Un estudio aproximativo a la praxis sinodal
del Padre Matovelle, a partir de las memorias narradas
y registradas por el mismo autor.*

Rvmo. P. Álvaro Chamorro, o.cc.ss.
Consejero General de Oblatos

Introducción

La pastoral que realiza la Congregación debe estar orientada a concretar en el pueblo de Dios, en la sociedad y la cultura “el fin primordial de nuestro instituto: fomentar el amor y el culto de los Corazones Santísimos de Jesús y María”¹. De una lectura atenta se encuentran los pasos de la pas-

¹ Matovelle, José Julio María. Obras completas, memorias, tomo 1, 87.

toral que realizó el Padre Matovelle que ahora puede marcar un itinerario o ser la estructura de un plan pastoral para ser desarrollado en clave sinodal.

A continuación, cada uno de los subtítulos se manifiesta como parte de un itinerario creciente en intensidad y responsabilidad para un quehacer pastoral significativo.

1. Diagnóstico

Una vez ubicados en el campo pastoral es necesario realizar un diagnóstico de la realidad social, cultural y religiosa, para determinar los problemas y a partir de ello trazar las acciones pastorales. Desde la experiencia del P. Matovelle el diagnóstico debe tener al menos los siguientes tópicos: *“moralidad del pueblo, frecuencia de sacramentos, practica de obras de piedad y caridad, nivel educativo y cultural”*². El sector poblacional que le da importancia es a la juventud, así lo expresa: *“la juventud de la ciudad de Azogues hallábase muy perdida en sus costumbres, tanto que muchos no oían misa ni se confesaban jamás, y escandalizaban grandemente a la población con su libertinaje”*³.

2 Ibid., 87.

3 Ibid., 153.



A propósito de la fundación de Oblatos y su establecimiento en Cuenca dijo el P. Matovelle: “Hermanos míos, si mi insuficiencia debe sellar mis labios, la gloria del Señor obligame también a desplegarlos, porque en toda asociación religiosa, por imperceptible que sea, si apartamos el polvo ruin y corruptor de la obra humana, veremos brillar muy luego el oro puro de la acción divina”.



2. Decoro y adorno del templo

El arreglo y decoro del templo es importante, ya que se convierte en el primer signo de la presencia y acogida de Dios a sus fieles, *“apenas instalados en Azogues, arreglamos convenientemente la casa del Señor, para que se respire por todas partes el aroma de la fe y se celebre con gran recogimiento y piedad el santo sacrificio de la Misa”*⁴

3. Alianzas

Celebrar alianzas con autoridades y organizaciones para unir fuerzas en bien de algún segmento poblacional y mejorar la calidad de vida del pueblo tiene una vital importancia: *“Contrate en 1886, con las religiosas de la Congregación de la Providencia y la Inmaculada Concepción para que se hiciesen cargo de la escuela central de niñas de Azogues. Trabajamos con las autoridades principales de la Provincia y el municipio”*⁵.

4. Conformar movimientos y grupos pastorales

Esta experiencia es una constante en la actividad pastoral del P. Matovelle, con ello busca organizar a los laicos

4 Ibid., 83.

5 Ibid., 87.

para que sean reconocidos por la autoridad eclesiástica; el primer movimiento pastoral data del 29 de enero de 1883, con el nombre de *“Congregación de Nuestra Señora de los Dolores, a ello se suman, la Asociación del Apostolado de la Oración, la Asociación de las hijas de María, las Terciarias Mercedarias y la Congregación del Corazón Santísimo de María para la conversión de los pecadores, las cuales tenían un coordinador y unos campos concretos de apostolado”*⁶, cuyas situaciones sociales eran conflictivas.

Los movimientos o grupos pastorales los integraban personas de *“todas las clases sociales en donde podían alistarse: Los Caballeros en la Cofradía de San Vicente de Paúl, los artesanos en la Congregación de San José, las madres de familia y señoras casadas, en la Cofradía del Rosario, los indios en la Cofradía del Señor de Burgos. Para cada asociación había un día de comunión general al mes. La población en masa frecuentaba los sacramentos”*⁷

5. Formación y organización del tiempo

La principal acción de la pastoral es la formación de los laicos, del pueblo de Dios, para ello hay que *“poner todo*

6 Ibid., 150 – 151.

7 Ibid., 84.

*nuestro empeño en la reforma del pueblo mediante la obra de las misiones para lo cual se deben organizar diferentes grupos”.*⁸ Los movimientos y grupos pastorales deben ser acompañados, formados, con un cronograma y un plan definido de formación, al respecto el Padre Fundador expresa: *“ha contribuido en gran manera para ello la asiduidad de los sacerdotes en acudir al confesionario y la constante y bien repartida distribución de la Palabra de Dios, por medio de la predicación, los domingos se expone el Evangelio a los fieles, en las fiestas principales se habla de los principales misterios de nuestra fe y cada año se da una semana de ejercicios espirituales”*⁹

La formación se plantea a partir de los problemas detectados en el diagnóstico, se traza un plan estratégico de acción pastoral, el cual incluye cuatro núcleos esenciales: formación en los misterios esenciales de la doctrina cristiana, acompañamiento permanente de los sacerdotes y/o agentes de pastoral, incremento de la espiritualidad y vivencia sacramental y por último participación en algún movimiento o grupo pastoral. Con esto se transforman las conductas de las personas, se

8 Ibid., 83.

9 Ibid., 152.

eleva la calidad moral de los pueblos y se acentúa la vida espiritual; en términos del Padre Matovelle *“se reformaron las costumbres, disminuyeron en gran manera los concubinatos y la embriaguez, a tal punto que no hubo quien quisiese rematar el ramo de estanquillos o tabernas, porque ya no les producía utilidad este negocio. La población en masa acudía a venerar al Santísimo Sacramento; volvió el gusto por las cosas santas, el respeto al sacerdote y la veneración a los misterios de la religión”*¹⁰.

Es importante organizar el tiempo para la celebración de los sacramentos, la formación, la administración parroquial, la atención al pueblo y la acción pastoral, respecto a este punto el Padre Matovelle expresa: *“Arreglose un horario para atender de un modo ordenado y conveniente la administración de los sacramentos, con lo cual todo el pueblo quedó perfectamente atendido en sus necesidades espirituales y muy contento de saber con firmeza a qué hora sería despachado, sin retardos enojosos, en los varios asuntos que forman diariamente la materia del servicio espiritual en una parroquia”*¹¹

10 Ibid., 85.

11 Ibid., 85.



El convento de la Merced en ruinas hay que repararlo y en medio de carencias económicas, el P. Matovelle nunca olvidó que, la Providencia no se hace esperar para quienes trabajan con los ojos en el cielo sin esperanza de recompensa en la tierra.



6. Una pastoral que contagia a otras comunidades cristianas

Una pastoral contagia y atrae a otros a entrar en procesos de conversión o de formación cristiana cuando se hace con mística la misión, se da prioridad a las personas, se sigue una organización, se tiene una intención clara, definida y comunicada; dejemos que sea el mismo Padre Matovelle quien cuente su experiencia: *“todos los pueblos circunvecinos a Azogues acudían a esta nuestra parroquia, cual si fuese un centro de misiones, para reconciliarse con Dios, consultar los negocios de su alma y hallar remedio a las múltiples necesidades del espíritu. Una pobre mujer que venía de otro pueblo me dijo: Señor, busco en todas partes a Dios, para remedio de mis necesidades, pero no lo hallo sino aquí, me parece que Dios me sale al encuentro cual, si estuviese de pie, esperándome en este pueblo, para oírme y atenderme. Atraíamos a los curas y demás sacerdote que servían las parroquias pertenecientes a la vicaría foránea a las conferencias de moral. A semejanza de la casa parroquial nuestra, se arreglaron las de varios pueblos circunvecinos”*.¹²

12 Ibid., 86.

7. Misiones parroquiales y ejercicios espirituales

Es la obra pastoral que está desde los comienzos de la Comunidad, es una de las principales obras del instituto como lo atestigua un antiguo proyecto de reglas de la Congregación; *“después del ministerio parroquial, las misiones parroquiales es la obra exterior más importante y principal entre todas, a la que con especial preferencia se dedicaran los sacerdotes, ya en los campos, ya en las ciudades, a toda clase de fieles, pero más dedicadamente a las almas abandonadas como son las que habitan en muchas olvidadas e infelices parroquias rurales*¹³.

Las misiones parroquiales tienen como núcleo esencial la formación de los habitantes de una parroquia en los misterios de la fe cristiana, el desarrollo de la vida espiritual y celebración de los sacramentos; las misiones parroquiales serán desarrolladas por un equipo de sacerdotes, previa invitación del respectivo párroco y guardan similitud a los retiros espirituales. El Fundador al respecto explica: *“cuando el instituto se encargue de dar misiones en un pueblo, enviará sacerdotes en número suficiente para atender a las necesidades espirituales de aquella parroquia; los cuales no darán*

13 Ibid., 155.

terminada su tarea sino cumpliendo el tiempo, de haber reconciliado con Dios a todos, o, siquiera, la mayor parte de los que acuden”¹⁴.

Las misiones parroquiales tienen una estructura, como lo dejan ver las memorias registradas por el Padre Matovelle, *“todo el tiempo de la misión lo emplearán útilmente en favor de las almas, por cuyo motivo, en los primeros días de ella se ocuparan con los niños, después con los adultos, especialmente los más necesitados en el orden espiritual, visitarán a los enfermos, los presos, si los hubiese, y otras personas que necesiten de socorros espirituales y no hubiesen podido concurrir a la misión, sabiendo que la razón de la misión es procurar la salud espiritual de los pueblos”¹⁵.*

Los ejercicios espirituales es otro campo de acción pastoral que tiene la Congregación desde sus orígenes, tanto para sacerdotes, comunidades religiosas, laicos, jóvenes, seminaristas, indígenas y criados, así lo registra las memorias, *“desde que la Congregación se estableció en Cuenca, todos los años se ha ocupado ella, especialmente en cuaresma, de dar algunas tandas de ejercicios espirituales, así en los campos como en esta*

14 Ibid., 155.

15 Ibid., 157-158.

ciudad, en la capital y en Lima. No temo equivocarme al decir que pasan de doscientas las tandas de misiones y ejercicios espirituales dados por nuestra Congregación en diferentes países y lugares”¹⁶.

Las misiones parroquiales al igual que los ejercicios espirituales dados a pueblos, colegios y monasterios es una obra santa y provechosa, debe ser asumido como un ministerio propio de la Congregación, porque, como dice el Fundador, “*llena uno de los fines principales*”, y mirando los frutos alcanzados se ve que, *es del agrado de Nuestro Señor que el Instituto de Sacerdotes Oblatos se dedique a obra tan santa y provechosa para las almas*”¹⁷

8. Toda la acción pastoral se ha de orientar a mantener vivo el culto al Sagrado Corazón de Jesús y viva también la memoria de la Consagración del Ecuador

En razón de esta huella, dejemos que sea el mismo Padre Matovelle, quien exponga e inflame en cada uno de los Misioneros Oblatos ya sean consagrados o laicos, la finalidad de la pastoral Oblata:

16 Ibid., 157 -158.

17 Ibid., 159.



San Miguel Arcángel desde el comienzo de la Congregación hizo ostentación de sus bondades y desplegó todo su poder para amparar a la misma.



“La razón principal que motiva a nuestra Congregación, está en la necesidad de sostener n nuestra República, el recuerdo de su consagración solemne al Corazón divino de Jesús, hagan efectiva y práctica la Consagración antedicha y promuevan el culto de este Corazón Sacratísimo en todas nuestras clases sociales. Esta es cabalmente la grande y difícil obra a que se ha dedicado nuestro Instituto, con todas sus fuerzas, desde los principios de su fundación. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús debe principiar por difundirse en los propios miembros del Instituto, para que, bien empapados en ella, pudiesen después derramar su perfume suavísimo en los pueblos, por lo cual los principales ministerios en el Instituto se encaminan a la consecución de este fin primordial”¹⁸.

Es importante resaltar que *“la Causa del Sagrado Corazón de Jesús, en nuestra República, ha estado desde 1883, por completo en manos de la Congregación; sin la intervención directa o indirecta de esta, no se ha hecho nada en el Ecuador”¹⁹.*

18 Ibid., 257-259.

19 Ibid., 272.

9. Propagación del culto al Santísimo Sacramento

De conformidad con el fin principal de la Congregación *“desde los principios, nos dedicamos a propagar entre los fieles el amor y el culto al divino Sacramento de nuestros altares; esta devoción está íntimamente ligada con la del Corazón Santísimo de Jesús. En todos los lugares donde ha estado presente la Congregación ha trabajado en hacer que los fieles crezcan en amor y devoción al divino Sacramento”*²⁰. A partir de esto se puede concluir que toda pastoral oblata es de naturaleza eucarística.

Así las cosas, en el capítulo siguiente se profundizará exactamente en la Eucaristía que, para interés de todos, se mostrará como banquete de sinodalidad, concepto que, en contexto eucarístico, traduce comensalidad, convivialidad, diálogo, participación, comunión, escucha creativa y transformación humana en torno a Jesucristo, presencia viva en medio del pueblo.

20 Ibid., 347.

CAPÍTULO III

EUCARISTÍA, BANQUETE DE SINODALIDAD

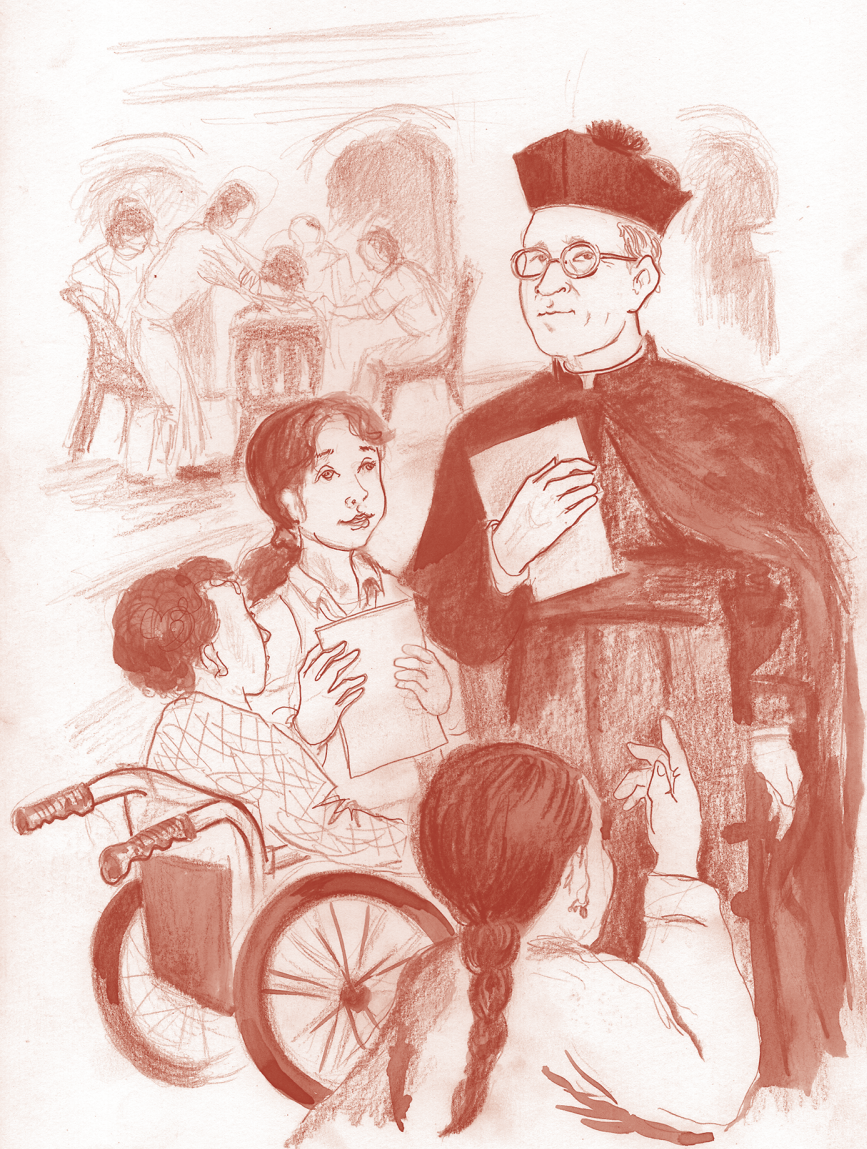
Rvmo. P. Ernesto León D, o.cc.ss.
Superior General de Oblatos

Los anteriores capítulos han dado cuenta en primer lugar, del pensamiento en contexto del Venerable Padre Matovelle, que a todas luces se manifiesta en la comprensión de una Iglesia en camino, así como de una actividad pastoral transformadora y, en segundo lugar, de un hacer metódico en la extensión del reinado social de Jesucristo que no se puede entender sino con y desde la intervención de los laicos.

Camino y laicado han sido dos conceptos que han permeado el tejido hasta aquí expuesto, lo cual habla ya de la sinodalidad, tema de la Iglesia actual, que sin lugar a duda no resulta una novedad, sino más bien,

un “retomar” si se quiere la esencialidad de la Iglesia, que es comunión, participación y misión dialogantes en contexto.

Con base en lo mencionado, y como un aporte desde el carisma de los padres oblatos, “la oblatividad”, entendida con Rm 12, 1-2 como un darse o gastarse por el reino en actitud de hostia e inmolación, faceta integral de Jesucristo, vale la pena plantear la sinodalidad en clave eucarística, es decir la vida del hombre sentada a la mesa del compartir fraterno en donde el reconocimiento del otro es una realidad que se traduce en el concepto “*alteridad*”, pues si no existe el otro no puede existir sinodalidad, si no hay un camino compartido es imposible la sinodalidad, si no existe un sentarse a la mesa de la comunión junto con o junto a, la sinodalidad es un concepto vacío, en tal sentido a lo largo de este capítulo, el abordaje de la Eucaristía como banquete de sinodalidad, conoce cuatro movimientos; en primera instancia, *la aproximación en clave eucarística al concepto “alteridad”*, en segunda instancia, *el tratamiento de la “alteridad” como “rostro humano”*, que abrirá el camino para considerar un tercer movimiento, *la “alteridad” como “despertar al otro”*, reflexión que concluirá con *la “alteridad” como “llamada”*. Lo anterior constituye un “*modo de ser eucarístico*”.



El P. Matovelle funda en Cuenca el “Centro Católico de la Juventud” y, aun en 1927 se lo ve enseñando a los jóvenes Religión y Apologética para que sepan darse cuenta de su fe y defenderla de los contradictores.



3.1 La noción de alteridad en clave eucarística

Para el propósito del presente estudio, es importante hacer una aproximación al concepto “alteridad”, con el fin de fundamentar la búsqueda de lo que se denomina “*Eucaristía, banquete de sinodalidad*”, materia de este acápite. Para alcanzar este objetivo, acudir a Ioannes Zizioulas resulta oportuno, pues el autor ofrece un recorrido pertinente sobre el concepto “alteridad” fundamentado en Lévinas, uno de los más connotados filósofos de comienzos del siglo XX que dedicó gran parte de sus obras a profundizar en el misterio del hombre como un “ser con los demás” y “para los demás”.

En primer lugar, desde la metafísica, Lévinas entiende el término “alteridad” como “lo Otro que no es un simple revés de la identidad, ni de una alteridad hecha de resistencia al Mismo, sino como una alteridad anterior a toda iniciativa, a todo imperialismo del Mismo”²¹, frente a esta postura, Zizioulas afirma que, se trata de una alteridad radical que es inabarcable y que; sin embargo, es origen de toda posibilidad de ser. La importancia de esta definición de alteridad reside, para efectos de este estudio, en que al “*ser primigenio*” le subyace una identidad y es precisamente la alteridad, que se concreta en

21 Lévinas, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, 62.

la experiencia “del Dios con nosotros” (Is 7,14; Mt 1,23) entendida como la salida de sí mismo creando al mundo y al hombre y en medio de ellos escribiendo historia, y como es obvio, tras esta huella revelatoria, aparece también la Eucaristía como la salida del ser “alter” del Dios humanado hacia el encuentro con los otros, “hasta llegar a la presencia real y verdadera, personal y ontológica a la vez en la comunidad reunida”²² en el “Yo con vosotros del Resucitado hasta el final de los tiempos”²³, en un pedazo de pan y en un poco de vino que no se acaban jamás.

En segundo lugar, desde la teología, alteridad es sinónimo de infinito, concepto que no se puede aprehender y por eso, Lévinas sostiene que, “la relación con lo infinito no es conocimiento, sino proximidad dialogante que preserva la desmesura de lo que no puede ser englobado y que aflora”²⁴. Al decir de Zizioulas, es aquí donde se puede avizorar el “estar dialógico de Dios” en la historia que no deja de “ser”, pero que aflora “siendo” en el mundo a través de la relacionalidad y que no puede establecerse sino, “en virtud del diálogo que requiere al mismo tiempo,

22 Blanco, *La Cena del Señor. La Eucaristía en el diálogo católico-luterano después del Concilio Vaticano II*, 101.

23 Brambilla, *El Crucificado Resucitado*, 331.

24 Lévinas, *Entre nosotros. Ensayo para pensar en otro*, 75.

la virtud de la firmeza (entendida no de modo estático sino dinámico),²⁵ tal condición dialógica estuvo latente desde la experiencia del Dios de la creación hasta la dinámica revelatoria que nunca termina por su ser infinito, y que en el ahora de la historia, palpita viva a través de *la sinodalidad, banquete eucarístico en alteridad, “total garantía de la presencia de la Trinidad”*²⁶ que impele al hombre y a su contexto a construir la gran familia dialogal de la nueva humanidad en el amor a la “escucha del Espíritu Santo, fuerza que reúne desde siempre a los seres humanos para fortalecer, renovar, reavivar y enriquecer la memoria de Cristo”²⁷ en la comensalidad eterna de los hermanos reunidos entre sí.

En tercer lugar, desde la antropología, la idea de alteridad se da a través de “la necesaria relación concreta entre un yo y un mundo”²⁸, lo cual supone desde ya una “salida de sí” para encontrarse con la exterioridad, al parecer de Lévinas, resultaría impensable la existencia del ser humano “sin relación con”, pues es junto al otro como “el hombre ha de ser más de lo que es: más

25 Küng, *Proyecto de una ética mundial*, 128.

26 Blanco, *La Cena del Señor. La Eucaristía en el diálogo católico-luterano después del Concilio Vaticano II*, 114.

27 Ibid., 153.

28 Lévinas, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, 61.

humano (...), y responsable del prójimo, del mundo y de la naturaleza por encima de todo ensimismamiento autista²⁹; por tal razón, el reconocimiento del otro es la afirmación de la socialidad³⁰ y, por tanto, la derrota del encadenamiento del ser en sí mismo: “podemos remontar el vuelo, podemos volar, pero no solos”.³¹ Tal es el sentido comunional de lo que implica comprender la sinodalidad como banquete eucarístico, en el que el cuerpo celebrativo ha reconocido al otro como comensal y también como heredero de la salvación actuada en Jesucristo por encima de todo clima de egoísmo y exclusión. Al banquete de alteridad o de la sinodalidad, ha sido convocada la creación, la historia y la raza humana en torno al “Dios con nosotros” para inaugurar

29 Küng, *Proyecto de una ética mundial*, 49-50.

30 Este término en el contexto de la filosofía levinasiana se ha de entender como la esencialidad de la condición humana de “ser para los otros”, tal condición está mediada por las relaciones interhumanas que se van tejiendo a través del tiempo y de las circunstancias, hasta lograr un entramado humanizante en donde el rostro del otro sea para su prójimo un rostro humano con su subjetividad lanzada hacia el encuentro y no una realidad objetual encerrada en sí misma. Esta situación está esbozada en la obra de Lévinas titulada: *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*, 120, en la que dibuja “el decir” o la palabra o como diría Heidegger maestro de Lévinas: “El habla”, como un factor preponderante de la salida del ser para el tú, a partir del saber y de la conciencia del sujeto.

31 Nolan, *Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical*, 239.



“Un apóstol y un apóstol a lo moderno en toda la extensión de la palabra, ni lo ha habido en la República, tal predicamento compete de lleno al R. P. JULIO MARIA MATOVELLE, a quien Cuenca reputa con razón por el más esclarecido de sus hijos” decían algunos que lo conocieron.



hoy en la Eucaristía, el mañana del reconocimiento del otro como don de Dios y núcleo convival del Reino.

Finalmente, desde la ética, la alteridad es “el rostro del otro, es una presencia viva, es expresión del ser”³², esta visión aguda de alteridad sitúa la reflexión en términos de humanidad, el otro es *un alter y no un ego*, “el yo se lanza sin retorno hacia el encuentro en el sí de otro”³³. En este sentido, dice Zizioulas, la “salida del ser” supone inequívocamente la responsabilidad del otro, es la apuesta por el otro, “es el conocimiento del otro como posibilidad para conocerme a mí mismo”³⁴ y llegar a ser con él. Así pues, si el otro es presencia viva en su “salida de sí”, Jesús de Nazaret lo es con mayor insistencia en *la Eucaristía, banquete de sinodalidad o sinodalidad, banquete eucarístico*, que considerado como “una liturgia viva”³⁵, la humanidad en torno al Hijo encuentra su horizonte existencial para el porvenir histórico de la vida humana en comunión, toda vez que, en la Eucaristía, cada hombre se “hace persona en la persona del mismo Cristo”.³⁶

32 Lévinas, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, 89.

33 Ibid., 280.

34 Panikkar, *Paz e interculturalidad. Una reflexión filosófica*, 78.

35 Blanco, *La Cena del Señor. La Eucaristía en el diálogo católico-luterano después del Concilio Vaticano II*, 177-178.

36 Ibid., 189.

Hasta aquí se han ofrecido diversas acepciones de “alteridad”, que en su conjunto son una brecha abierta para entender al “ser en relación con”, por este sendero, no existe dominación porque todo hombre es un alter con un rostro, con un lenguaje, con un mostrarse hacia el otro en la dinámica de “ser con”, sin dejar de ser “sí mismo”. Con razón Zizioulas afirma: “el ser humano se define como alteridad. Es un ser cuya identidad sólo se construye en relación con otros seres: Dios, los animales y el resto de la creación”.³⁷

Realizada la aproximación al concepto “alteridad” desde Lévinas, es pertinente ahora continuar el camino hacia el segundo movimiento, el cual tiene que ver con la “alteridad” apreciada como “rostro humano”.

3.2 Alteridad: rostro humano

Esta definición había sido esbozada antes desde la ética y se había manifestado que, en el rostro del otro yace la experiencia de un viviente ávido de relación y sinodalidad que, por demás, es su esencia, en ese rostro está latente la presencia del ser. En consonancia con lo expresado, la alteridad supone identificar en el otro un rostro a menudo adolorido, ese rostro es

37 Zizioulas, *Comunión y alteridad. Persona e Iglesia*, 57.

un rostro de pobreza, violencia, marginación y muerte que necesita ser reconocido, tal reconocimiento evoca el “permanecer absoluto en relación”³⁸ con los otros, más no la marginación y la exclusión a causa de las estructuras de muerte impuestas por unos pocos; en este sentido, alteridad “es la epifanía del rostro humano como rostro de la humanidad”³⁹, es lo “interhumano propiamente dicho en donde reside la no-indiferencia de los unos por los otros (...), en el recurso de los unos al auxilio de otros”,⁴⁰ pero es también y de forma esencial el rostro de Jesús de Nazaret que, “se sustrae a los ojos de la humanidad que se abren para que desde ahora y para siempre se le pueda reconocer en la doble mesa de la palabra y del pan. Para que de una vez por todas se le vea en el gesto pobre e indefenso de partir el pan”.⁴¹

De lo anterior se sigue que, el rostro del sufriente, el rostro de la humanidad hambrienta del *alter* de la reconciliación y la justicia, encuentra en la “sinodalidad, *banquete eucarístico*”, el escenario del reconocimiento humano juntamente con su dignidad, es allí donde todo

38 Lévinas, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, 209.

39 Ibid., 226.

40 Lévinas, *Entre nosotros. Ensayo para pensar en otro*, 125.

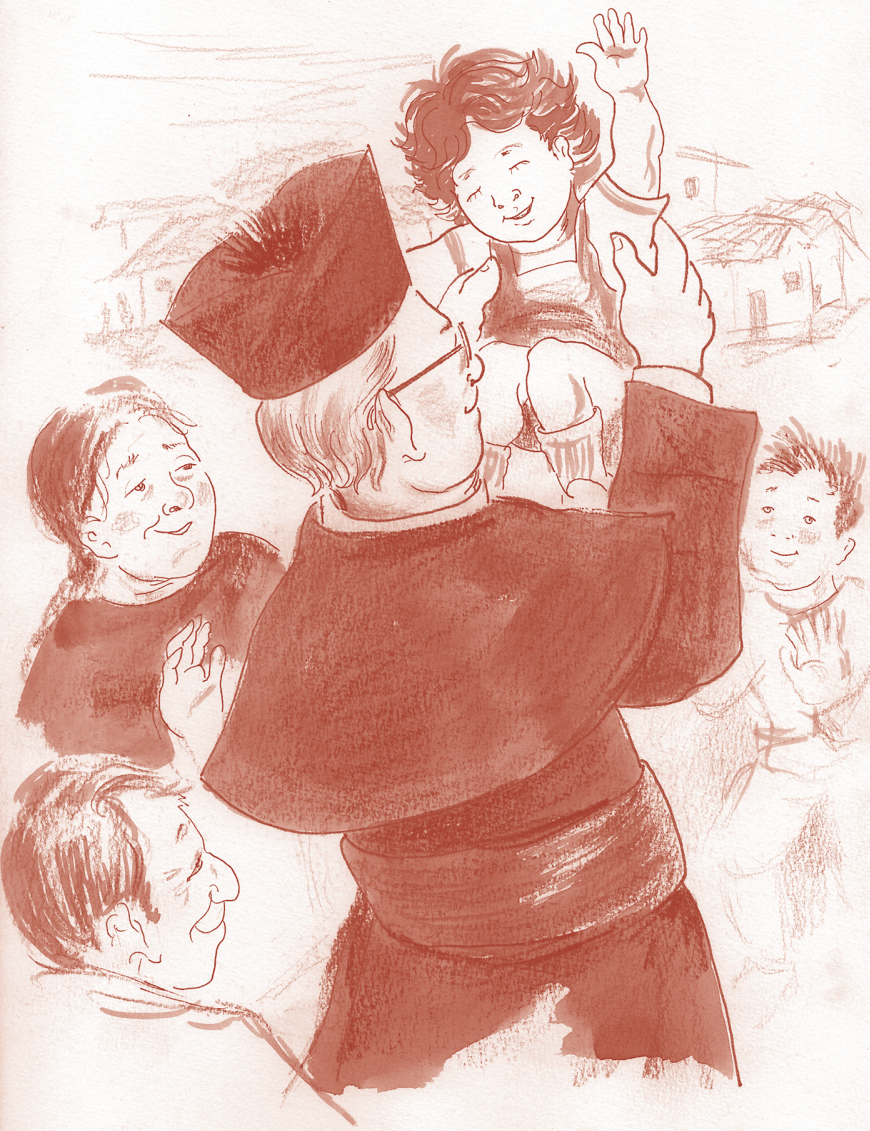
41 Brambilla, *El Crucificado Resucitado*, 328.

comensal tiene rostro sin importar su condición, es en la “*Eucaristía, banquete de sinodalidad*” donde el hombre aparece con rostro humano en “el comulgar el pan de la sensibilidad social, junto al anhelo de justicia, la cercanía a los débiles y la instauración de una sociedad más fraterna”⁴², es en este clima donde las personas se afirman como tales sentadas a la comensalía eucarística de la salida de “sí mismos” para el encuentro de los otros, sus hermanos, es aquí donde los comensales le apuestan todo por engendrar tiempos de solidaridad y vida nueva para los desheredados de la tierra contraponiendo sus fuerzas al ímpetu del egoísmo y la miseria humanos. En fin, es el banquete de la sinodalidad, “el lugar del encuentro con el Resucitado en donde la comunión humana se transmite y se contagia con acento pascual”⁴³, en medio de la sombra de la muerte.

Lo anteriormente expuesto, fue lo vivido en todas las comidas bíblicas de Jesús, la inclusión del rostro del otro en la mesa de la fraternidad fue una realidad, la derrota de las máscaras de la indiferencia humana desvelaron el rostro de la misericordia y de la compasión eucarísticas, y como concreción de alteridad profunda

42 Trujillo y López, *Meditación sobre la Eucaristía*, 353.

43 Brambilla, *El Crucificado Resucitado*, 330.



“ Abandonar la cómoda tranquilidad del silencio en la que está instalado el ser humano y ponerse en camino e ir hacia un lugar desconocido e incierto: “el otro” para con él empezar un nuevo camino hacia la libertad del hermanamiento en el amor”, fue la carta de presentación del P. Matovelle.



en la Última Cena, el despojo de Jesús como salida hacia los otros en forma de alimento vital, fue la declaración de lo que significa la “*imago Dei*”⁴⁴ para el siempre de la historia.

Pero, ¿cómo ser imagen de Dios cuando la violencia en-
ceguece a las personas “empequeñeciendo su corazón
y su espíritu”?⁴⁵, ¿cómo ser imagen de Dios en alteridad
cuando “el otro ha sido declarado enemigo o adversa-
rio”?⁴⁶, ¿cómo ser rostro de Dios cuando el encerra-

44 Zizioulas, *Comunión y alteridad. Persona e Iglesia*, 59.

Zizioulas sostiene que, lo que el hombre aspira a alcanzar mediante la alteridad no es simplemente la distinción sino la unicidad, entendida como el “estar con los otros en comunión”. Esta es la marca definitiva de la humanidad como concreción de la imagen de Dios (*imago Dei*). Es aquí donde toma fuerza el compromiso de “ser para los demás” en su destino actual y en su destino escatológico. (56-62).

45 Weil, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, 81.

46 González, *Reinado de Dios e imperio. Ensayo de teología social*, 347-356.

Antonio González sostiene que, la tentación de creer que el poder y la violencia transformarán las estructuras injustas del mundo bajo la lógica de llamar a unos y a otros enemigos o adversarios, se ha situado en la mente y en el corazón de gran parte de la sociedad; sin embargo, cree que esto es precisamente de lo que está escrita la historia y ha sido un fracaso, por tanto, invita a caminar por las vías estrechas y misteriosas del evangelio para escribir una nueva historia, pues Jesús no pudo haber sido un judío ingenuo del siglo I exhortando románticamente a amar a los enemigos, como principio de una nueva humanidad.

miento del hombre en sus propios intereses le impide ver el rostro de su hermano crucificado por la pobreza y la exclusión social?, ¿cómo ser rostro de Dios para el mundo cuando los comportamientos estatales son clara muestra de inhumanidad a través de su “maquinaria social hecha para destrozar los corazones, aplastar los espíritus, una máquina para fabricar la inconsciencia, la necedad, la corrupción y la injusticia”?⁴⁷, ¿cómo ser *imago Dei* cuando el otro no es un ser humano, “un fin en sí mismo”⁴⁸, sino un objeto útil para la consecución

47 Weil, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, 87.

48 Ferrajoli, *Democracia y garantismo*, 365.

Este autor refiriéndose a Kant en su Obra: *La paz perpetua*, manifiesta que, con la guerra, el Estado niega la identidad del hombre como persona, reduciéndola a una cosa, es decir a instrumento para fines públicos. La guerra por cualquier motivo además de las víctimas que provoca, ofende la honra de la humanidad.

El hombre entendido como medio y no como fin por culpa de la guerra que no es otra cosa sino el signo más inequívoco del despotismo, vulnera la primera máxima de la moral kantiana: “trata a los demás no como medios sino como fines”. En estos términos diría Kant: “la guerra al reducir el pueblo a “cosa”, equivale a la negación no sólo del derecho sino también de la democracia.

Para Ferrajoli, el atentado contra la vida humana en términos de guerra o de violencia equivale a la ruptura del contrato social, atenta contra todo pacto de convivencia, es el retroceso al estado de naturaleza, desconociendo la realidad actual del estado civil. El atentar contra una persona es atentar contra toda la humanidad y por más que se quiera en algún momento justificar el discurso de la

de fines?, ¿cómo ser rostro de Dios cuando la indiferencia humana carcome el corazón de las personas?, ¿cómo ser rostro de Dios cuando no se ha considerado que sin el otro, cada ser humano está condenado a no ser?, ¿cómo ser *imago Dei* cuando la injusticia se volvió una manera de ser y hacer en el mundo?, ¿cómo ser imagen de Dios cuando la crisis mundial en términos de corrupción “ha erosionado la cohesión social y ha bajado los niveles normales de la moral”?⁴⁹, ¿cómo ser hoy rostro de Dios en el mundo desde la Eucaristía cuando la “solidaridad quebrantada que es el hambre estructural se ha convertido en compañera familiar de la violencia”?⁵⁰, finalmente, ¿cómo ser *imago Dei*, cuando “las atrocidades que se cometen contra el ser humano en muchas ocasiones no dejan alternativa para la reconciliación”?⁵¹

guerra como guerras justas, éticas o humanitarias, sería un ridículo legitimarlas a través de expresiones tales como: justas masacres, estragos éticos o carnicerías humanitarias. Sólo cuando discurra en la conciencia civil de las personas el repudio de la guerra, el gran género humano estará preparado para vivir la paz en toda la humanidad, 336-370.

49 Gerlach, *Sociedades extremadamente violentas. La violencia en masa en el mundo del siglo XX*, 388.

50 Ibid., 389.

51 Ibid., 390.

Estos interrogantes son la horrorosa muestra de la negación de la “*alteridad*” considerada como “*rostro humano en sinodalidad*”, pero también son horizontes conmovedores para descubrir con mayor insistencia cómo la Eucaristía celebrada en el altar del mundo a la cual asiste la comensalía de la humanidad, puede y debe ser *banquete de alteridad para el rostro* flagelado y desconocido de la historia humana, en último término banquete de sinodalidad.

La *alteridad como rostro humano* en estas circunstancias, es profecía eucarística en cuanto grito que clama reconocimiento en medio de la masa amorfa de la cosificación universal, es la plegaria del mundo insistiendo que, “lo divino no puede manifestarse sino a través del prójimo”⁵² y que “la proximidad de Dios se hace latente en el rostro del prójimo”⁵³, lo cual sugiere reconocer a cada ser humano como “*alter para mi*” desde su libertad, pero también desde su sufrimiento.


Reconocer el *rostro humano* del otro es reconocer el rostro de Cristo, es responsabilizarse de él y en la lógica de la *Eucaristía como banquete de sinodalidad*, es

52 Lévinas, *Difícil libertad: Ensayo sobre el judaísmo*, 187.



53 Lévinas, *Entre nosotros. Ensayo para pensar en otro*, 75.

SINODALIDAD





*C*amino y laicado han sido dos conceptos que hablan de sinodalidad, realidades que permearon el ser y el hacer de Matovelle.



tener los mismos sentimientos de Cristo para con el otro (Fil 2, 1-11), “es instaurar una nueva vida en el “ser para los demás, en la participación en el ser de Jesús”⁵⁴, es no acomodarse a este mundo y a su estructura inhumana (Rm 12, 1-2), es comprometerse con el rostro excluido del otro a través del sermón del monte (Mt 5, 1-12), “es ver lo humano y en el encuentro con lo humano, contemplar el rostro de Dios y la forma de relacionarnos con Dios, en todo ser humano”⁵⁵, es la apuesta radical a la manera de Jesús por la instauración del Reino, el Reino de la verdad y la vida, la santidad y la gracia, de la justicia, el amor y la paz (Prefacio de Cristo Rey) allí donde el rostro palidece y llora. Responsabilizarse del otro es partir el pan con él como lo hizo Jesús con los pecadores y los publicanos, es partir el pan del perdón con aquél que agacha su rostro por las culpas cometidas, es partir el pan de la salud con el rostro desecho de los enfermos, es partir y compartir el pan de la vida como lo hizo Jesús con los Doce en la Última Cena, es afrontar hasta la muerte y una muerte de Cruz la causa de los destinos de la humanidad en justicia y hermandad por encima del rostro de la miseria estructural.

54 Castillo, *La humanidad de Dios*, 97.

55 Ibid., 81.

Lo anterior sería incompleto si no se entiende que, “la responsabilidad del hombre más allá del hombre es descubrir en la naturaleza el rostro eucarístico, es decir hacer también a la naturaleza capaz de comunión (...), en definitiva, no se entiende el concepto sinodalidad sin una comunión integral”.⁵⁶

De acuerdo con lo expresado, la “*Eucaristía es más banquete de sinodalidad*” en la medida en que “cada hombre, radicalmente *cada* uno, se entienda como el acontecimiento de una autocomunicación sobrenatural de Dios”⁵⁷ para los demás y para la naturaleza.

Esta condición de sinodalidad desde el “rostro humano” encontrará una mayor comprensión en el tercer movimiento, el “*despertar al otro*” como riqueza para la afirmación de lo que se ha designado: “*Eucaristía, banquete de sinodalidad*”.

3.3 Alteridad: despertar al otro

De entrada, afirma Lévinas que, “la presencia del mal consiste en la posibilidad de *no despertar al otro*, mientras que ir hacia el otro, es la irrupción de lo humano en el ser, como otro modo de ser”.⁵⁸

56 Zizioulas, *El ser eclesial*, 131.

57 Rahner, *Curso fundamental sobre la fe*, 160.

58 Ibid., 140.

Lo expuesto significa entonces que, la “alteridad” levina-siana es un no rotundo al predominio de “sí mismo” y “al olvido del otro” (encadenamiento del ser) y que, por otro lado, su afirmación consiste en despertar al otro como posibilidad de realización personal “para sí y para mí”. Aquí subyace la complejidad y el asombro del contenido de las palabras de Jesús en la Última Cena: “Tomad y comed este es mi cuerpo y, tomad y bebed esta es mi sangre” (Mt 26,26-28), a través de las cuales, acontece el *despertar al otro*, el “desencadenamiento del ser”⁵⁹ para darle vida a los demás. En efecto, en el marco de la Eucaristía, Jesús con sus palabras que, son su misma vida, sale al encuentro del otro; “su despertar al otro” lo apasiona y por eso a todo hombre y mujer ya no los llama siervos sino amigos (Jn 15,15) y está en medio de ellos como el que sirve (Lc 22,27); en la Eucaristía, el *despertar al otro* por parte de Jesús, es la economía de la salvación volcada sobre la humanidad eucaristizándola por medio de su Cuerpo y su Sangre, don perenne de vida nueva fundamentalmente para el *alter* del rostro ignorado.

59 Martín Heidegger en su obra: *Ser y Tiempo*, 88., distingue el concepto del “ser ahí” con el del “ser en el mundo”, el primero está asociado al ser humano y el segundo se refiere al mismo ser humano en “relacionalidad con”, se trata de la posibilidad del ser con y en los otros, su subjetividad se entiende en cuanto salida hacia el mundo circundante.

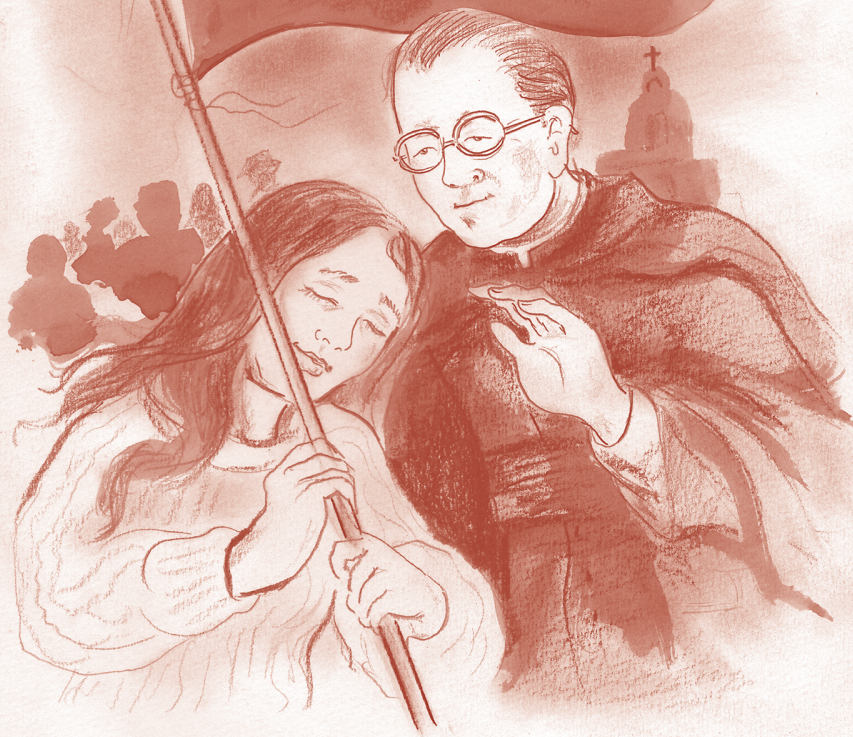
Por lo anterior, *despertar al otro* es un imperativo que hoy se ha de imponer en el mundo, pues la violencia, la indiferencia entre hermanos, los atentados contra la dignidad humana, “la ruptura de la identidad del hombre”⁶⁰, la injusticia social, la guerra, y toda afrenta a la solidaridad son fármacos que han postrado el porvenir fraterno de la historia en igualdad e inclusión social.

Por lo tanto, el *despertar al otro*, es decir la dinámica de “ser para los demás”, de “estar en relación con”, de “vivir para los demás”, es decir la “sinodalidad”, ha de ser la cristalización del despertar del *ego* para el nuevo amanecer del *alter*, que sentado en el *banquete de la alteridad* alrededor del “Alter” por excelencia, Jesús de Nazaret, pueda comprender el *despertar al otro* a la ma-

60 Metz, *Dios y tiempo. Nueva teología política*, 103.

Cuando Metz afirma que lo que está en juego en el hoy de la historia es la identidad humana, pone de manifiesto su apuesta por el hombre, dejando en entredicho pensamientos que distorsionan la crisis antropológica que afirman por ejemplo que, lo que ocurre en el mundo es una época de transición, Metz desmiente este asunto diciendo que es una tautología vana porque el tiempo desde siempre ha estado en transición y que más bien los subsistemas económicos, sociales, culturales, científicos, artísticos e incluso religiosos, han afectado la identidad espiritual y social del hombre de hoy, siendo necesario entonces, una revolución antropológica, que en términos bíblico-mesiánicos, se trataría de la conversión del corazón entendida como un dejarse sacudir por los evangelios para alcanzarle una verdadera orientación a la vida, 107.

COMUNIDAD
IGLESIA



*P*ara Matovelle, la Iglesia “es en todos los sentidos comunión en alteridad y alteridad en comunión”.



nera de Dios: “la trascendencia se ha hecho palpable en la inmanencia”⁶¹ como historia de salvación.

Finalmente, el *despertar al otro*, ha de ser visto como un proyecto de vida para humanizar lo deshumanizado y como un talante en alteridad para dignificar la creación entera, lo cual dispone el ambiente ideal para la aproximación al cuarto y último movimiento: “*la alteridad como llamada*”.

3.4 La alteridad como llamada

“*La llamada*” para Lévinas es la manifestación creadora de humanidad, es la puesta en escena del *alter* en su totalidad hacia la exterioridad, por eso, sostiene que, “*el decir* es una aproximación al prójimo”⁶² y en ese “*decir*”, “el sujeto que habla no sitúa el mundo en relación consigo mismo, sino en relación con el otro”.⁶³ De esta manera se abre una senda de comprensión para aseverar, que la alteridad o sinodalidad no se puede entender sin la correlacionalidad de dos sujetos existentes a través *del habla o de la llamada*, acción que consiste en “abandonar la cómoda tranquilidad del silencio en la

61 Castillo, *La humanidad de Dios*, 75.

62 Lévinas, *Fuera del sujeto*, 156.

63 Ibid., 162.

que está instalado el ser humano y ponerse en camino e ir hacia un lugar desconocido e incierto: el otro⁶⁴ para con él empezar un nuevo camino hacia la libertad del hermanamiento en el amor.

Lo antes expresado, pone en evidencia que la *alteridad dialógica - llamada*, es creadora de comunión entre los hombres y de éstos con Dios, pues es la “*capacidad de habla*” la que “despierta en mí y en los otros lo que tenemos en común. Pero supone, en su intención expresiva, nuestra alteridad y nuestra dualidad”.⁶⁵

Por tanto, si la *alteridad* dialógica latente en el ser humano, confirma al otro desde el reconocimiento como persona en contexto de comunión y sinodalidad, el rompimiento de tal *realidad* representa la división de los hermanos entre sí y, por consiguiente, cabe afirmar que, en el rechazo de la alteridad, se inaugura la muerte, el vacío de la comunidad y toda estructura de pecado. Estrictamente hablando y desde el escenario del presente estudio, es pertinente aseverar que, la sinodalidad rota es la experiencia de la no-Eucaristía, es la no-Comensalía, es el no-Banquete de esperan-

64 Tamayo, *Invitación a la utopía. Estudio histórico para tiempos de crisis*, 205.

65 Lévinas, *Entre nosotros. Ensayo para pensar en otro*, 39.

za y libertad, es la no-Convivialidad, es la negación del Reino “que se construye en el presente a través de la solidaridad, el reconocimiento de la alteridad, el cambio de estructuras y la conversión personal”⁶⁶; en el fondo, es la negación del *alter* presente en Dios, los hermanos y la naturaleza.

Para especificar lo antes referido, aludir a la traición de Judas con el beso de la *no-Comunión* con su Maestro en la Última Cena y a la violencia enquistada en las estructuras del contexto mundial, es explicitar “la imposibilidad de coincidencia entre alteridad y comunión”⁶⁷, que es la negación del “entre relacional” que al decir de Buber manifiesta la relación “Tu y Yo”, hecho a través del cual, “el Yo sólo existe a través de la relación con un Tú”⁶⁸; así pues, por esta relacionalidad, se concluye que, la “*alteridad como llamada*”, “no se deriva, engendra o constituye

66 Tamayo, *Invitación a la utopía. Estudio histórico para tiempos de crisis*, 227.

67 Zizioulas, *Comunión y alteridad. Persona e Iglesia*, 63.

68 Esta cita está referenciada por Zizioulas en: “Comunión y alteridad”, 67, y corresponde originalmente a Martín Buber en su obra: ¿What is man? en la que hablando de la relación Tu y Yo como el “entre” afirma que no se trata de una base óptica para afirmar la existencia de una o dos personas, sino de aquello que se sitúa entre ellas y les trasciende, esto sería la alteridad y desde el punto de vista de algunos críticos, al parecer se trata de Dios.

sobre la base de nada que no sea el otro en sí mismo”⁶⁹, pues, ella es verdaderamente “el evento constitutivo de la humanidad”⁷⁰, latencia de la sinodalidad.

Por lo tanto, la condición de la humanidad creada por la *alteridad como llamada*, es “salida de sí para el otro” a través de un acto de amor concebido como la derrota de todo egoísmo, por eso, la alteridad desde el punto de vista de la “*llamada*”, comporta inequívocamente la entrega de la vida al otro que, al decir de Zizioulas se trata “de un don que viene del otro hacia mí”⁷¹, hecho latente que lo atestigua la *Eucaristía, banquete de sinodalidad*. Desde esta lógica, la alteridad no se funda sólo en la existencia objetiva de la persona en un contexto comunitario (Judas) sino en la experiencia del amor hacia el otro como entrega vital (Jesús), evento *comunional e inclusivo* que inaugura eucarísticamente “la Iglesia que es en todos los sentidos comunión en alteridad y alteridad en comunión”.⁷²

Por esta línea, es pertinente afirmar que, la Eucaristía como banquete de sinodalidad, es en sí misma “llama-

69 Zizioulas, *Comunión y alteridad. Persona e Iglesia*, 68.

70 Ibid., 60.

71 Ibid., 77.

72 Ibid., 101.



*P*ara Matovelle, la Eucaristía es acción salvífica de Dios en cuanto experimentada y expresada por el hombre, es el pan de la reconciliación humana y la copa de la humanidad resucitada.



da” en tanto en cuanto convoca como si se tratara “del primer y más grande gesto en dirección al otro (...). Incorporar al Otro en el discurso (llamada) es recibir del Otro más allá de la capacidad de Yo. La propia esencia del lenguaje es bondad, amistad, hospitalidad”⁷³. Tal puede ser el sentido de las palabras de Jesús en la Eucaristía de la vida: “ven y sígueme” (Lc 18,22), “no tengan miedo” (Mt 8,26), “vengan y vean” (Jn 1,39), “tomen y coman” (Mt 26,26), entre otras expresiones que, muestran la intencionalidad del encuentro con el otro en un clima de hermandad y en torno a un camino común.

Por lo expuesto, “*la alteridad como llamada*” no es otra cosa sino el núcleo fundamental de lo que se podría llamar “*sinodalidad eucarística*”⁷⁴, comprendida claro está desde su fuente comunional, lo cual:

73 Tamayo, *Invitación a la utopía. Estudio histórico para tiempos de crisis*, 264.

Esta cita referenciada por Tamayo, corresponde a la obra de Jacques Derrida titulada: Adiós a Emmanuel Lévinas. *Palabras de Acogida*, 39.

74 El concepto “sinodalidad eucarística”, hunde sus raíces en la eclesiología eucarística de Meyendorff, quien tomó el liderazgo en esta reflexión después de Afanes’ev y Schmemmann, y que citado por Felmy en: *Teología Ortodoxa actual*, 213, afirma: Las Iglesias no son mónadas aisladas unas de otras; están unidas por la identidad de su fe y de su testimonio, algo igual ocurre con la Eucaristía en alteridad y su irrupción en la vida del mundo.

Implica y manifiesta ante todo el reconocimiento agradecido de la existencia del Otro y de nuestra propia existencia como don del Otro. La esencia del ethos eucarístico, por tanto, es la afirmación del Otro y de los otros como un don que ha de ser valorado e invita a la gratitud. (...) Dando gracias a Dios en la Eucaristía por la existencia del otro, afirmamos la victoria sobre la muerte. Esto convierte a la Eucaristía en fiesta de resurrección. Pero Cristo vence a la muerte a través de la muerte. Esto convierte también a la Eucaristía en un sacrificio: El ethos eucarístico es sacrificial al otorgar prioridad al otro sobre el yo.⁷⁵

El carácter dialogal de la alteridad antes mencionado, dignifica a las personas, es el lenguaje el que crea relación, el que hace que la fraternidad nazca a la vida, es el que produce acuerdos por encima de lo bélico de la historia humana con su afán de guerra y poderío, es el lenguaje el que acompañó el ministerio de Jesús al anunciar la Buena Nueva a la multitud y al sentarse a la mesa con sus discípulos, fue en su “*no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios*” (Lc 22,18) como Jesús hizo latente la misión de cada

75 Zizioulas, *Comunión y alteridad. Persona e Iglesia*, 118-119.

persona por hacer del vino de su divina presencia, una realidad salvadora en alegría y esperanza y no un trago amargo de sufrimiento y dolor; fue en su “*haced esto en conmemoración mía*” (Lc 22,19) como Jesús hizo resonar en los oídos del universo el llamado a vivir en hermandad para que se replicara en el altar del mundo la fuerza pascual de la solidaridad humana, sentada a la mesa del compartir el pan de la vida en dignidad; fue en el acontecimiento de “su Cuerpo entregado (1Co 11,24; Lc 22,19) y de su Sangre derramada (Mc 14,24; Mt 26,28) como el “Yo soy” íntegro del Hijo de Dios, se entregó por todos desde su condición de ser para Dios y ser para los hombres”.⁷⁶ Por lo expuesto, la *Eucaristía es banquete de sinodalidad* y confirma esta condición porque ella es la “superación de Adán (que recibió vida) para situarse en el último Adán, espíritu vivificante (Cristo) que da vida a la humanidad”.⁷⁷

En realidad, las palabras de Jesús son fuerza creadora de nuevas realidades y se constituyeron en *llamada a la vida*: “*Lázaro, sal fuera*”, Jn 11,43; a la salud: “*Quiero, queda limpio*”, Mc 1,41; al perdón: “*Yo tampoco te condeno*”, Jn 8,11; a vencer el temor: “*No tengáis miedo*”,

76 Kasper, *Sacramento de la unidad. Eucaristía e Iglesia*, 112.

77 Congar y Lécuyer, *El culto espiritual*, 71.

Mt 10,28; a caminar junto a Él: “*Si alguno quiere venir en pos de mi cargue su cruz y sígame*”, Mt 16,24; a estar con Él: “*¿Acaso ustedes también quieren irse*”, Jn 6,67; a morir y a vivir con Él: “*Yo soy la resurrección y la vida, Jn 11,25-27*”; en concreto, “su hablar”, “su decir”, condujo al establecimiento de nuevas relacionalidades con sus oyentes, en la calle, en las casas, en la montaña, en el lago y en la sinagoga, con el fin de confirmar a las personas como tales por la fuerza dialógica de la alteridad eucarística.

En consonancia con lo mencionado, decir que la Eucaristía es “*banquete de sinodalidad*”, es afirmar que, en su núcleo, yace el grito profético de la esperanza humana en medio del hambre estructural de vida que amenaza a la humanidad y que, por tanto, su vitalidad eucarística reside en que toda persona sentada a la mesa con Jesús, habiendo reconocido a los demás como comensales del Reino más aún en su realidad de crucificados y excluidos, es para la praxis injusta y oprobiosa de la historia, don de Dios, oblación agradable, Alianza viva, testimonio de vida en esperanza, comida de dignificación humana, pan para enfrentar la conflictividad histórica del pobre, del enfermo, del pecador y del sin nombre, y finalmente “acción salvífica de Dios



*P*ara Matovelle, celebrar la Eucaristía es responsabilizarse del otro, es partir el pan con él como lo hizo Jesús con los pecadores y los publicanos, es partir el pan del perdón con aquél que agacha su rostro por las culpas cometidas, es partir el pan de la salud con el rostro desecho de los enfermos.



en cuanto experimentada y expresada por el hombre”⁷⁸ en el pan de la reconciliación humana y en la copa de la humanidad resucitada.

Considerar de igual modo la Eucaristía como “*banquete de sinodalidad*” en medio de la ruptura de la humanidad a causa de hechos adversos “no sólo en lo emocional sino en todas las esferas de la vida humana”⁷⁹, es atestiguar el actuar del Crucificado Resucitado en medio del “dolor de los no hombres”⁸⁰, los flagelados de la historia, afirmándolos como personas y “retejiendo sus corazones destrozados desde dentro”⁸¹ en busca del nuevo día de la realización humana y del sentarse a la mesa junto al “Sanador herido” en condición de hombres.

78 Torres, *Repensar la revelación. La revelación divina en la realización humana*, 109.

79 Rodríguez, *La resiliencia como vivencia del Reino de Dios*, 86.

80 Villar y Rosales, *Las razones de la convivencia*, 227.

El concepto “dolor de los no hombres”, está asociado a la experiencia de sufrir un daño común, el cual puede marcar un paso hacia una forma inicial de solidaridad espontánea entre quienes sufren el mismo daño. Bajo esta mirada, Jesús de Nazaret se solidarizó con el dolor de los no hombres representados en la humanidad completa y lo hizo hasta los límites de la muerte. Decir “no hombres” es afirmar la denigración de la dignidad humana, tal vez, la visión a la que remite el hijo pródigo entre los cerdos, sea el cuadro que representa bien tal concepto y tal dolor.

81 Rodríguez, *La resiliencia como vivencia del Reino de Dios*, 87.

Por esta razón, en el acontecimiento humanizante de la Eucaristía como hermanamiento sinodal:

El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan para que a su vez nosotros mismos, seamos transformados. Nosotros mismos debemos llegar a ser Cuerpo de Cristo, sus consanguíneos. Todos comemos el único pan, y esto significa que entre nosotros llegamos a ser una sola cosa. La adoración (...) llega a ser de este modo, unión. Dios no solamente está frente a nosotros como el totalmente Otro. Está dentro de nosotros y nosotros estamos en él. Su dinámica nos penetra y desde nosotros quiere propagarse a los demás y extenderse a todo el mundo, para que su amor sea realmente la medida dominante del mundo.⁸²

Finalmente, señalar que, *“la Eucaristía es esencialmente sinodal y que la sinodalidad es eminentemente eucarística”, “rostro humano”, “despertar al otro” y “llamada”, es atestiguar que, el camino de la instauración del Rei-*

82 Pontificio Comité para los congresos eucarísticos internacionales, *La Eucaristía: comunión con Cristo y entre nosotros*, 92. Este texto corresponde a la homilía de Benedicto XVI en la XX Jornada Mundial de la Juventud en Marienfeld. (Colonia – Alemania, 2005).

no en el ahora de la historia como camino de humanización, no podrá ser una realidad si no es a partir de un “modo de ser eucarístico”, que consiste, por parte del hombre en entender que, “primero es amado y que por eso existe para los demás”.⁸³

Desde esta perspectiva, el “ser para los demás” de Jesús en la *Eucaristía del encuentro* con los otros, se traduce en que Él eucarísticamente “asume el territorio, la historia, la cultura, la vida de cada ciudad como proyecto de la Jerusalén celestial, una Ciudad de ciudades abierta desde Dios a todos. La Ciudad de Dios así esperada y prefigurada, será don que baja de lo Alto (Ap 21-22)”⁸⁴ y tarea de los hombres alrededor del pan y del cáliz de la bienaventuranza y la inclusión social.

En síntesis, en torno a la Eucaristía, *banquete de sinodalidad*, es posible que el hombre reconociéndose destinatario del amor de Dios, salga al encuentro del “alter” desde el horizonte de lo que podría llamarse: la mística humana de la Eucaristía, acontecimiento de comunión para un mundo roto por el autismo del egoísmo humano.

83 Zizioulas, *Comunión y alteridad. Persona e Iglesia*, 128.

84 Trujillo y López, *Meditación sobre la Eucaristía*, 357.

Al final de esta obra, queda el compromiso de seguir profundizando en la vida y obra del Venerable Padre Julio María Matovelle toda vez que su carisma y pensamiento es actual y siempre tendrán una palabra para el acontecer del mundo en las circunstancias de la humanidad hoy.



*P*ara Matovelle el reinado social de Jesucristo en el ahora de la historia como camino de humanización, no podrá ser una realidad si no es a partir de un “modo de ser eucarístico”, que consiste, por parte del hombre en entender que, “primero es amado y que por eso existe para los demás”.





Oración por la pronta glorificación del Venerable P. Julio María Matovelle

Oh dulcísimo Jesús que os dignásteis elegir al Venerable Padre Julio María Matovelle para apóstol del reinado social de vuestro Divino Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os rogamos le glorifiquéis otorgándonos por su intercesión la gracia que os pedimos (petición) juntamente con vuestro amor y el reinado completo de vuestro Sacratísimo Corazón. Amén.



Si recibe un favor de Dios por Intercesión del Venerable Padre Matovelle o si está interesado en formar parte de la Congregación de Oblatos, comuníquese:

ECUADOR: Quito: Casa Generalicia:
Venezuela N11-263 y Matovelle
Telfs.: 258 2646 – 228 6014
beatificacionmatovelle@gmail.com

COLOMBIA:
Bogotá: Calle 70A No. 7-63
Telf.: (0057) 24 93 414
vocaoblotos@hotmail.com



@PadresOblatos



Oblatos de Matovelle

www.oblotos.com



@oblotosdematovelle